

LAS ESTRUCTURAS DE PODER EN MAX WEBER

Dra. Aurora ARNAÍZ AMIGO *

I. DE LAS COMUNIDADES POLÍTICAS

1. *Prestigio y poder de las comunidades políticas*

Comenzamos afirmando que en la Teoría del Estado, con frecuencia se cambian los términos, pero no los contenidos. Así, la denominada estructura del Estado es en realidad sus clásicos elementos constitutivos, ya que la institución estatal se integra con el pueblo, el territorio, el poder, el derecho y los fines políticos del individuo, de la comunidad y del Estado.

Max Weber, comienza su célebre texto afirmando que “la mayor influencia efectiva en lo político no proviene, fundamentalmente, de los factores económicos; su origen hay que buscarlo en sentimientos de prestigio frecuentemente muy arraigados en las masas pequeño burguesas pertenecientes a formaciones políticas que han accedido a posiciones de poder...”¹

La masa ¿por qué está en continua oposición manifiesta o soterrada contra los detentadores del poder? No importa el tiempo corto o largo de su apoderamiento, la masa amorfa, no controlada, sobre la que no llegan los esfuerzos oficiales por hacerla dúctil y maleable, presenta con sonrisa de superioridad de saber a qué atenerse, argumentos irónicos, mordaces, contra quienes dicen servirla. Aclaremos: a ella, no, sino a una parte de ella, manejable, opinable, alerta, participante-

* Profesora de Derecho Constitucional y Teoría General del Estado de la Facultad de Derecho de la UNAM.

¹ WEBER, Max, *Estructuras de Poder*, Edit. La Pléyade, Buenos Aires, 1977, p. 10.

marginada, que no entiende demasiado, que pretende saber y cuyos votos, cuentan a la hora de elegir a “sus representantes”.

El sentimiento de prestigio, puede originar la convicción de responsabilidad en una pretendida misión a legar a las generaciones futuras que causen reconocimiento en la propia comunidad política y en las comunidades extranjeras. Con frecuencia, la misión sincera va entretijada de sentimientos mal avenidos con ella. Como por ejemplo, el reconocimiento social, las prebendas y primicias que el puesto proporciona. A cargo más elevado le corresponde mayor alcance de oportunidades. Es decir, mayor poder personal en las decisiones del reparto de poder. Y así, el orgullo de lo propio, que es lo nuestro, no es un sentimiento político, que como tal podría pertenecer al pueblo de un Estado; es propio de las gentes que tienen un sentimiento nacional con el que integran la Nación, ya que el idioma común no origina necesariamente a la nación.

Así, en el caso de Hispanoamérica, si bien se integró esta con la colonización española, sin duda, el idioma común fue un fundamento de integración y aglutinación de los pueblos mesoamericanos dispersos entre sí. Al idioma común se unió también la religión común, y en la actualidad, los países que hoy integran a la denominada Latinoamérica, manejan el castellano como idioma común y siguen apegados a la religión católica, lo que no impide su soberanía e independencia. Véase el caso, además, de los irlandeses con los ingleses, y de los norteamericanos con los últimos. Por lo contrario Canadá, forma un Estado-Nación, con un Quebec, que habla el idioma francés y un Ottawa que maneja el inglés.

Dice Weber: “la solidaridad nacional puede surgir fundamentalmente del recuerdo de un destino común con otras naciones, como entre los alsacianos y los franceses, desde la guerra revolucionaria representativa de una época heroica común” (p. 33).²

² Pero ¿qué es una Nación? El tema es inconmensurable. Se presta a una y otra posición no excluyente, no contradictoria. Hans Khon hoy ya un clásico del nacionalismo histórico, transcribe el siguiente gran pensamiento de Rudyard Kipling: “Podrá ser leal o bondadoso el desconocido cerca de mi umbral/ pero no habla como yo/ No puedo sentir su espíritu/ Le veo los ojos, la cara y la boca/ Pero detrás no veo su alma/ Podrán obrar bien o mal los hombres de mi propia estirpe/ Pero dicen las mentiras consabidas/ Están acostumbrados a las que yo digo/ Y no necesitamos de intérpretes cuando vamos a vender o comprar. KHON, Hans, *Historia del nacionalismo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1949, p. 19.

Max Weber, en el estudio del concepto Nación, maneja los diversos fundamentos o elementos que pueden constituir en un momento determinado la nacionalidad.

La comunidad de sangre no es elemento necesariamente conformativo de la nación. Y así, el extranjero radicado en un país en tiempos de anormalidad puede ser más nacionalista que los propios nacionales. De aquí que Weber afirme que “la constitución de ‘Nación’ de un grupo de personas es un comportamiento específico” (p. 34), en orden a la solidaridad originaria de la acción común la cual puede trascender en el mito de una misión providencial (p. 37).

Sin embargo, esta afirmación weberiana merece reflexión. Así, el formar parte e integrar la vida comunitaria del país al que se pertenece, no es tarea difícil cuando se ha nacido en él. Se es menos fácil, cuando en él se convive y participa. No es convincente la afirmación de Splenger en su célebre “Decadencia de Occidente” cuando señala que el nacional que abandona su nación, deja de serlo en el momento de su salida, pues la verdad es que la transformación por influencia de las gentes y del nuevo habitat será más aparente que real, ya que su idiosincracia no será afectada y así ante los problemas vitales de su persona, seguirá siendo español, o francés, o mexicano. Seguirá siendo lo que fue.

Y así, “los intelectuales... están específicamente predestinados a difundir “la idea nacional” pero no suelen ser los que detentan el poder dentro de la comunidad política, los que inducen la idea del Estado...” (p. 37). Max Weber llama intelectual a los integrantes de un grupo de personas “que en razón de su peculiaridad tienen acceso a ciertas realizaciones denominadas “valores culturales” y que por esto se autoadjudican la conducción de una comunidad cultural” (p. 37). Y seguidamente añade que “una nación es una comunidad de sentimiento que se exteriorizaría adecuadamente en un Estado propio; por tanto, una Nación es una comunidad que propende regularmente a generar un Estado propio” p. 38). ...“los factores que determinan la aparición de un sentimiento nacional son muy variados... en primer lugar, dejando a un lado la fe religiosa están los destinos políticos comunes del pueblo, muy diferentes entre sí; desde ciertos puntos de vista puede en ciertas circunstancias sentirse unificados por un destino común (p. 38).

La raza es factor importante para la integración de diversas nacionalidades en una Nación. Tal es el caso de España; recurrir como lo hace Max Weber al caso de Norteamérica, es precisamente, basarse en la excepción. Así cuando afirma que en Norteamérica mientras se rechaza a los negros, no se rechaza a los indios, porque éstos no fueron esclavos (p. 39). Esto es lo que considera Max Weber, y habría que pensar en el por qué de esta repulsión social, ya que los negros precisamente están más incorporados al sistema de vida americano que las ínfimas minorías de los antiguos habitantes indígenas no integrados de pleno a la sociedad norteamericana, lo cual ocurre con toda incorporación de las razas o pueblos sojuzgados. Por razones de sobrevivencia la aceptación es más aparente que real. Tal es el caso de las etnias mesoamericanas respecto de la dominación española. En la medida que la independencia avanzó, las nuevas naciones independientes acentuaron su propia manera de ser.

El idioma común de pueblos diversos, facilita la comprensión a través de la obligada intercomunicación pues “tanto el lenguaje como los medios literarios basados en ella, son el primero y por ahora único valor cultural accesible a las masas participantes en la cultura” (p. 40) lo que si bien es cierto, afirmamos que es un factor movable, influenciante, a diferencia de los factores sanguíneos que son genéticos difíciles de desarraigar.

Max Weber afirma, que en esto del idioma común la mujer es agente activo, ya que ellas fomentan la nacionalidad al transmitir el habla popular a sus hijos. “Son ellos los que especialmente contribuyen a la formación de un sentimiento nacional vinculado a la lengua. No es fácil escribir en lengua extranjera una composición lírica. No es fácil escribir en lengua extranjera una composición lírica erótica dedicada a una mujer, pues su destinataria no la comprendería” (p. 40, 41). Sin duda alguna, Max Weber se refiere en este pasaje al papel desempeñado por la mujer inculta de ayer. De 1920 a nuestros días la integración social de la mujer es una realidad.

También hay que tomar en cuenta la intervención de las iglesias nacionales manejando las lenguas romances derivadas del latín, ya que sabido es que en Europa el siglo XIII con su exclaustación del saber, propiciaron con sus lenguas romances derivadas del latín, la aparición

de Italia, Francia y España, lo que contribuyó al surgimiento de las universidades europeas y su caudal inicial de libre investigación y libertad de cátedra, logrando que la filosofía y la historia de las instituciones políticas desconectadas de las iglesias, acabaran con la rival existencia de canonistas y romanistas, dando lugar a la aparición de nuevos doctrinarios independientes en sus posiciones sin compromiso ni con el poder imperial, ni con el papal.³

Curiosamente, las iglesias nacionales y los Concilios contra los Papas, fomentaron el habla popular. Así, Lutero en el Concilio de Trento y sin la menor duda en las universidades renacentistas. Dice Weber, que en los Concilios de reforma, la iglesia usa por primera vez “el término *Natio*” como concepto legal para la comunidad organizada. Por ese entonces, este concepto nos ensalsaba con los idiomas o lenguas nacionales, ya que en este enlace es típicamente moderno, cuya tendencia es conducir la nacionalidad hacia un Estado autónomo.

Posiblemente tengamos que regresar a las primeras páginas del texto que manejamos, en busca de una mayor concreción a los conceptos que con enfoque propio y personal, maneja Max Weber y que son presupuestos para una mejor captación del elemento Nación en Weber. Así, recordemos que es en la p. 9 de dicho texto, cuando presenta la relación existente entre el prestigio y el poder de las comunidades políticas, al afirmar que “lo común a todas las formaciones políticas es el empleo de la fuerza; lo que la diferencia es el modo y el grado en que usan o amenazan usar dicha fuerza contra las demás organizaciones políticas”. Esas diferencias determinan a su vez, la conformación y el destino específico de las comunidades políticas (p. 9).

¿Pero qué deberá entenderse por fuerza?

Para aclararlo vamos a recurrir a Jellinek el gran tratadista del Estado moderno, que surge con la paz de Westfalia de 1648, que alcanza su alta representación con la Revolución francesa de 1789, e inicia su transformación en la posguerra de 1918 con su característica del Estado social de Derecho.

Lo que hoy denominamos Estado, tuvo otras denominaciones a través del tiempo. Expresa el más alto poder político. Hoy es la soberanía

³ Véase de ARNAIZ A., Aurora, su *Soberanía y potestad*, edit. Miguel Ángel Porrúa, México. Y asimismo, de esta autora y editorial *El Estado y su Derecho, estudios políticos*, México 19, y *El Estado y su Derecho, estudios jurídicos*, México 19.

del pueblo. Ayer fue el poder absoluto del monarca, y en diversas épocas históricas fueron las élites políticas minoritarias las que detentaron con pretensiones absolutas, el poder político supremo. Y así, ya se denominara comunidades políticas primigenias o *regnus* medievales, o monarquías absolutas, o Estado, las denominaciones ampararon siempre a la organización política suprema con sus formas peculiares, cambiantes a través de la historia. En el siglo XVI, Maquiavelo analiza la fuerza política como virtud sin ninguna relación con el sentido ético que el vocablo tiene en nuestros días.

Pero ya se trate de comunidades primitivas, de los reinos medievales, o del Estado moderno, o del contemporáneo, estas denominaciones llevan implícitas un poder político supremo, que se integra con una agrupación humana, y su fuerza. Consideramos a ésta como la razón de su sobrevivencia. Como el instinto de conservación que lleva a las gentes a la agrupación étnica o política.

Es un instinto en el que la denominada energía física no es sino el sostén subsiguiente a la raíz vital por sobrevivir. Esta es la auténtica *ratio* de la nacionalidad, que se manifestará en las acciones comunes y lo que es más importante en la creación de las raíces comunitarias trascendidas en los cánones y convencionalismos sociales. Es pues, una potencia física, no tangible. Es el sustrato originario de la organización política de las gentes establecidas en un territorio común. Por consiguiente, el enfoque político del vocablo fuerza al excluirle la connotación física, ofrece un contenido esencialmente psíquico-abstracto. De las acepciones gramaticales recogidas del vocablo, la más aplicable es de que fuerza equivale “a virtud y eficacia natural que las cosas tienen en sí”. Sin embargo, el vocablo es rico en diversas acepciones. Puede ir unido a la propia fuerza, al mando, a la resistencia, a la dirección centrífuga, al de energía motriz, o liberatoria, a contrarrestar la flaqueza, y algunos otros significados. Nosotros nos acercamos a la segunda acepción del vocablo, en cuanto la energía consustancial de las cosas en sí.

La fuerza política, además está conectada con las motivaciones o propósitos subjetivos y los fines a perseguir. Por ejemplo, el intento de mermar el poder de un político, que estudia Max Weber, puede herir el honor nacional, puede conducir a las eternas guerras entre caudillos y jefes de Estados, lo que con gran profusión sucedió en los tiempos

pasados y hasta en los cercanos. Así, las “causas” que motivaron la guerra franco-prusiana, fueron risiblemente infantiles.

Mantenerse en el poder, implica la necesidad de su expansión. Obliga al compromiso de conceder reconocimiento, cargos, puestos, mercedes y prebendas, así como el reparto burocrático de cargos, y las oportunidades de ascensos. Es un problema de siempre, si bien en los tiempos actuales con posterioridad inclusive a Max Weber quien falleciera en 1921, el compromiso con los adictos o partidarios incondicionales del equipo de trabajo sus seguidores incondicionales, los que están a las duras y a las maduras que contribuyeron a conseguir el puesto público más representativo de la organización política, como es el jefe de Estado o de gobierno, supone el justo reparto compensatorio a dichos adictos o seguidores a ultranza. Así, dice Weber que cuando el Papa Urbano presentó su discurso en pro de las cruzadas, manejó el acicate de las posibilidades de nuevos feudos y títulos nobiliarios.

Sin duda, el deseo de obtener prestigio, puede estar motivado por el orgullo nacional, lo que podía ser considerado como móvil objetivo, el que para ser sustentado precisará de consideraciones personales, subjetivas, psicológicas, en las que la ambición de mando puede ser su mejor aliado. Y ello es una motivación humana, no solamente de los medios políticos; son motivaciones familiares, profesionales, sociales, religiosas, etcétera, las que se conjugan en un momento determinado y que son los estímulos sostenedores de la intención de medros, ascensos y el aspirar a llegar a los altos lugares que ocasione reconocimientos y prestigio. “Las relevantes cualidades ciertas o imaginarias de la propia comunidad política o por el mero hecho de poseer esa comunidad” (p. 11).

Es decir, para Max Weber hay dos connotaciones que se encuentran en todo organismo político: el grupo social, la fuerza (energía) de este grupo y el acicate de alcanzar poder y prestigio en los miembros o sujetos que integran la organización. Además de prestigio, maneja Max Weber el acicate del honor, tendencia existente en el hombre que le lleva en ocasiones a disparatadas acciones. Ya sea por honor o por prestigio personal o social, existe en el hombre la tendencia a seguir aspirando a mayores niveles y a mayores núcleos de poder. A alcanzar mayores riquezas.

Recordemos a Platón: “el ansia de oro y tierra, lleva al hombre a olvidarse de los valores”. Precisamente, el siglo XX se ha caracterizado porque el hombre se ha apartado de los valores para conseguir bienes, y si bien estos elementos son incompatibles, con harta frecuencia, cuando la mayoría de las gentes de un país se caracteriza por el acicate del materialismo su sociedad política es pobre y entética.

Es condición innata del hombre el sentir orgullo por el país en que nació. Se trata de un sentimiento cuyas raíces primarias son el instinto de sobrevivencia. Una vez que el hombre entra en lo que Max Weber denomina “la dinámica del Poder”, acaba transformándose en uno de sus engranajes. Para mantenerse en él, el hombre ha de fomentar la renovación de ideas, creencias, posiciones propias, y las de sus adictos o partidarios leales en favor de la causa común.

Desde comienzo de nuestro siglo, lo nacional basado en los sentimientos patrióticos, ha quedado atrás. Para las grandes empresas, como para las chicas, y aún más, para el individuo, las relaciones mercantiles se basan estrictamente en el manejo de factores económicos. Están fuera de lugar las afinidades electivas por la raza, la religión o estamentos. Lo que interesa es que la empresa llegue a buen fin, entendiendo como tal el logro de altos dividendos. Todavía en el siglo I imperaba un estrecho provincialismo que conducía a que los iguales operaran entre sí en estrecha defensa. Pero hoy día ya no es así, ya que lo que buscan los hombres de nuestro siglo es el logro económico.

Los factores determinantes por consiguiente, a más de setenta años de distancia en que Max Weber hiciera sus investigaciones tiene otro molde. Por influencias sin duda de los Estados Unidos de Norteamérica, el amor al dinero proviene del consumismo social aguijoneado por las campañas publicitarias de los grandes fabricantes, de cualquiera de los renglones económicos de la sociedad. Precisamente, por el afán de obtener utilidades elevadas, los fabricantes van creando mediante la publicidad, falsas necesidades.

El consumismo adultera las formas puras de Estado y de gobierno, así como las acciones altruistas “por primera vez el comercio recibe la unificación política, un seguro y garantizado fundamento legal... el desarrollo del comercio depende de ciertas condiciones económicas en especial depende del desarrollo del capitalismo” (p. 19) lo que es una gran verdad, ya que la denominada sociedad capitalista surgida en el siglo XIX, liberalismo y su famoso lema de “dejar hacer y dejar pasar”

ha llegado en este final del siglo XX a su sinónimo de libertad individual y social en lo político, en lo económico, y en lo reigioso los tres puntales de las democracias occidentales.

Quizás por ello, y sin excepción, los más altos países industrializados pertenecen a las democracias capitalistas. Y no ha existido en esta experiencia ni un solo país que fuera de este sistema, haya salido del subdesarrollo que originó el intento de crear economías sociales superiores a las de la libre empresa, con el resultado trágico que estamos viviendo en el final de un siglo cuyas generaciones políticas, en el mejor de los casos buscaron, sin hallarlos, nuevos cauces de aspiraciones sociales más justas, dadas las dolorosas desigualdades sociales que ampara la otra cara del capitalismo.

Lo que ha caracterizado al siglo que está acabando, nuestra centuria veinte, es precisamente el auge del capitalismo como sociedad, la más representativa del acicate económico actual. Y así, esta característica a veces opaca a los móviles estudiados y afirmados por Max Weber, como tendencia humana del hombre. Para alcanzar lo que le interesa ha de disponer de dinero para consumirlo para otear en el horizonte de las posibilidades de comodidad, confort y nivel de vida materialista superior, pero como esta superioridad se la tiene que dar el reconocimiento de su supuesto círculo, la lucha por la ostentación puede comenzar sobre el pequeño centro del habitat del hombre como primer paso.

Y así, desde que Max Weber manejara los conceptos de prestigio, honor, orgullo, sentimientos patrióticos, etcétera, hasta nuestros días los móviles han sido desplazados. Lo que queda como más concreto y tangible de los estímulos por alcanzar el poder, es que estos medios son secundarios porque el acicate cierto, concreto y tangible, es la consecución de dinero. Hoy los móviles si bien siguen estando en consonancia con los objetivos que se persiguen, el de alcanzar riquezas, es el más manifiestamente destacado. Lo que sí sigue siendo cierto en la investigación de Heller, es que el poder político está orientado hacia la expansión.

“La dinámica del poder, promueve la oposición competitiva de todos los posibles accidentes de prestigio. Las grandes potencias son aquellas comunidades políticas que usurpan y se ditribuyen paar sí, el interés por los procesos políticos y económicos que se desarrollan en un amplio ámbito. En la actualidad ese ámbito se extiende a toda la superficie planetaria” (p. 12) y esta afirmación de Weber es hoy día realidad

acuciante, de tales proporciones que podemos aplicar la afirmación marxista de que “el dinero no tiene patria”.

Y así, la misma dinámica del poder “frecuentemente convierte a las grandes potencias, en potencias expansivas”. Pero esto es cierto no solamente en lo que atañe a la esfera de los particulares. Ya en la posguerra de 1945, se presentó la rebatía de funcionarios, gobernantes, partidos políticos y hasta los mismos sindicatos, por obtener riquezas como presupuestos para alcanzar determinadas cuotas de poder.

Las causas mercantiles trascienden del mercado interno al tablero internacional. El idioma común, son las siglas y símbolos del dinero, de los tantos por ciento a conseguir. Los intereses antagónicos, se manifiestan en la competencia de los mercados y el idioma común, es la acción conjunta en empresas que no obligatoriamente han de ser del mismo rubro nacional. Y sin embargo, y esto es lo curioso, se manejan pretendidos sentimientos nacionales.

Max Weber, no pudo prever el hundimiento político de aquellos Estados, países y naciones de especiales sistemas económicos no capitalistas. Para Max Weber, el comercio no es necesariamente un factor nacional determinante. Cuando lo dijo, se estaba forjando incipientemente la expansión del poder mercantil del dinero por encima del concepto de nación y patria “en lo que respecta al comercio exportador. Es decir, la venta en territorio extranjero fue paulatinamente desvalorizado como medio de expansión. En la época del capitalismo moderno, prevaleció el interés por exportar a territorios extranjeros, pero el interés de los Estados antiguos residiría, precisamente en la colonización de territorios, desde los que se podía importar bienes, como materias primas” (p. 16).

Afirma Max Weber, que el Imperio Romano en su fuerza expansiva exterior no estuvo representado por su comercio, sino por sus recaudadores de impuestos. Sin embargo, las colonias estaban unificadas políticamente en los comunes intereses económicos, financieros y militares. La carga distributiva en el Alto Imperio Romano con los gastos militares de ocupación y asimismo el mantenimiento del cuadro administrativo imperial detuvo el desarrollo capitalista.

De estas dos causas, expuestas por Weber, posiblemente la que resultó más estáticamente retrógrada en un momento determinado fue la administración imperial de los delegados en las provincias que formaban las marcas italianas, ya que es imposible imaginarse la Italia im-

perial, y aún la republicana, sin ese cuerpo especial de cónsules, pro-cónsules y recaudadores de impuestos tan temidos, y en ocasiones, no tan silenciosamente rechazados como lo fueron los representantes financieros romanos sobre las ciudades sujetas a su égida. Quizá el caso más representativo sea la marca hispania. Si tenemos en cuenta que estos delegados imperiales desempeñaban una función estrictamente financiera, aun cuando de pasada como ocurren siempre con los emisarios recaudadores, también se llevaban la información sobre cuestiones políticas y sociales. Pero básicamente el cobrador de impuestos de ayer, hoy y siempre, representa la estructura económica con sus ramas y manifestaciones que giran alrededor del poder político central.

Creemos que la siguiente frase de Weber está referida más al pasado que a los caracteres de las estructuras económicas de las democracias capitalistas del presente: “como lo ha indicado repetida y correctamente F. Oppenheimer, es frecuente que las rentas sobre el suelo sea producto de una conquista política violenta... esto ocurrió siempre que el ejército conquistador estuvo compuesto por caballeros con equipo propio... como vasallos feudales, occidentales en general” (p. 20).

Sin duda alguna, la renta del suelo y su economía, no son factores básicos en el presente del auge industrial tecnificado, aun cuando preciso es reconocer que el problema de la tierra requiere de la gran atención estatal tanto por lo que afecta a la producción como a la distribución y consumo de sus frutos. Tener organizada la agricultura en un país, es un requisito previo para poder pretender el auge social de la transformación de las materias primas agrícolas muy especialmente. Sin duda, que el mayor o menor desarrollo de la agricultura en un país de sus riquezas naturales. Sin embargo, si un país depende agrícolamente de otro o de otros, su riqueza industrial y comercial no podrá tener la proyección interna y externa por carecer de los cimientos propios sustentadores de la economía social.

En definitiva, en mayor o menor grado, el desarrollo económico de los países tiene que estar fundamentado en la producción, distribución y consumo de su riqueza agrícola.

Las metrópolis imperialistas de ayer, explotaron a la población nativa en el trabajo de la tierra. Hoy, además de esto existe la infiltración de los países ricos los que a través de las compañías transnacionales obtienen a bajo costo las materias primas que exportan a sus países para ser elaboradas. Así sucede con los Estados Unidos de Norteamé-

rica. Además los bajos salarios de producción de la mano de obra nativa, les permite exportar la mercancía al lugar de origen de las transnacionales. Reelaboradas en estos países, se envían manufacturadas a precios que la población de los bajos estamentos latinoamericanos difícilmente les permite su adquisición, con el agravante de que se pierde la posibilidad de ser educada la mano de obra latina en la manufactura, a lo que hay que añadir la pérdida de las fuentes de trabajo que se realizan en el exterior en detrimento de los países subdesarrollados latinoamericanos. De aquí que se haya afirmado, que los Estados Unidos de Norteamérica, realizan en Latinoamérica una fehaciente labor de inflación.

También en el pasado, el soldado tenía que equipararse particularmente y tenía que conseguir el avituallamiento diario durante la guerra. Así fue durante la larga noche del medioevo occidental. En la época moderna, ya en el siglo XVII, el Estado afronta con el llamado servicio militar obligatorio, la obligación del avituallamiento y pertrechos militares. Se inicia una característica muy peculiar de que el incremento cada vez mayor de los gastos de guerra lo hagan los gobiernos con la intervención de las bancas nacionales e internacionales. Recordemos a Carlos I de España, el rey menos español de los reyes españoles, quien recurrió a los judíos para hacer frente a sus eternas guerras en defensa del Vaticano, característica ésta que mantendrán sus sucesores, los españoles de la dinastía de los Austria.

En el pasado griego la guerra, así como la piratería en los mares y los secuestros personales en los litorales vecinos, suponían fuertes tributos e ingresos patrimoniales. Veinticuatro siglos después en la denominada primera guerra mundial (1914-1918) a los atributos financieros, se denominan reparaciones pecuniarias por los gastos de los vencedores en la guerra. Esta fuente reparadora de ingresos, los Estados contemporáneos, suelen aplicarlas al establecimiento de nuevas industrias manufactureras propias de la paz.

Inmediatamente después de la primera guerra mundial, aparece en el firmamento internacional una peculiar causa de guerra que caracterizó a las décadas de 1930 hasta 1990, consistente en solucionar el paro y a su vez la superpoblación al dar salida a las armas almacenadas para crear nuevos modelos. Ésta ha sido “una grave razón” de la intervención del Pentágono norteamericano en fraccionadas y eternas guerras de Oriente y África, sin que la opinión pública haya podido por

vía pacífica hacer tambalear los *status* imperantes. Desde la posguerra de 1945, la compra-venta de armas a países pretendidamente armados para poder solucionar un supuesto conflicto inmediato, se ha realizado al margen de “las causas justas”.

Se internacionalizó hasta nuestros días, la rebatía por engrosar las bancas nacionales de dinero procedentes del interior o del exterior del Estado, con indiferencia hacia su procedencia, lo que ha afectado, sabido es, hasta la banca del Vaticano. Así, han afluído al poder político nuevos grupos financieros nacionales y extranjeros, creándose nuevas oligarquías, ya que “el reparto del poder económico y de otra clase, depende directamente del ordenamiento legal existente en la comunidad. Esto es aplicable no sólo al Estado, sino a todos los órdenes legales. En términos generales entendemos por “poder” la posibilidad de que una persona o varias, realicen su propia voluntad en una acción en común, aun contra la oposición de otros participantes en la acción” (p. 45).

Lo que caracteriza la segunda mitad de nuestro siglo, es que el poder político interno y externo, precisa del previo patrimonio financiero. Esto no es nada nuevo lo que sí es novedad la proliferación del convencimiento universal de que así tiene que ser. Quizás el exponente primero se encuentre en la Roma Imperial, cuyo poder político era consecuencia del poderío económico a través del tributo. Implicaba éste la protección al país que lo realizaba. O lo que es lo mismo, sin previa tributación Roma no protegía. Hoy día, y muy especialmente en el continente americano, la infiltración es otra.

Los Estados Unidos mantienen su hegemonía política en la medida en que Latinoamérica, siga la característica predominante reconocida como “países bananeros”. En su consecuencia, los Estados Unidos mantiene lo que Max Weber llamó dinámica, del poder en tanto siga siendo un exportador de inflación hacia América Latina. Los pequeños países latinoamericanos, no pueden mantener lo que Max denomina una actitud aislacionista que caracterizó a pueblos del pasado griego y oriental, dada la intervención económica de los Estados Unidos.

Max Weber entiende por poder en términos generales la posibilidad de que una persona o varias, realicen su propia voluntad en una acción en común aún contra la oposición de otros participantes en la acción. Considera que la lucha del hombre por el poder, no siempre tiene como meta el enriquecimiento económico; es el honor social lo que

motiva su búsqueda. “Pero, no todo poder otorga honor social... En términos generales, el poder “puramente económico” y particularmente el poder monetario “desvergonzado” no es poder social abierto, pues es oculto (p. 46).

Es decir, Max Weber insiste en estos pasajes de su texto sobre la preferencia que en la búsqueda de poder pretenden sus aspirantes en cuanto a honor y al prestigio personal y, podríamos añadir como clase social sobre la meta del enriquecimiento económico. Quizás en los años transcurridos desde que Weber escribiera su estructura del poder, antes de la segunda década del siglo actual en que falleciera, todavía la persecución de honores, reconocimientos de prestigios familiares y sociales, pudieran ser destacados móviles. Sin embargo, a partir de la segunda década de nuestro siglo, tanto en las democracias capitalistas como aún en las empobrecidas sociedades pretendidamente comunistas, como la Unión Soviética y sus satélites, la persecución por la obtención de la riqueza es destacado móvil del consustancial materialismo que caracteriza a nuestro siglo y que se ha acentuado a partir de la segunda mitad del mismo, llegando a alcanzar su más alto exponente en la lucha pacífica de los pueblos de la denominada Europa Oriental, por salir de sus sociedades, que curiosamente habiendo nacido con la pretensión y original modernismo, quedaron estancadas en el primitivismo más inconcebible.

Concepto de clase social. ¿Qué entendió Weber por clase social? La presenta unida al término clase obrera, que formando parte de ella es más restringida y específica. La clase obrera supone un poderoso sector minoritario del todo clase social lo que es una tautología; las clases sociales se dan en el ámbito social que se integra por los estamentos, asociaciones profesionales, grupos étnicos de la esfera grande de radio mayor.

El término clase obrera entró en desuso en las democracias capitalistas a partir de la década de 1960, en que se inicia la decadencia del sistema soviético, ya que es en esta década cuando empieza a descongelarse la guerra fría entre las dos grandes potencias que marcharon unidas en la Segunda Guerra Mundial: Estados Unidos y la Unión Soviética. A partir de entonces, los sindicatos obreros con excepción del movimiento laborista inglés, tienden a despolitizarse. Cuando en 1990, comienza la decadencia de la URSS hasta su desaparición, la clase obrera principalmente de la Tercera Internacional, y aun de la Segunda,

abandonan los términos de lucha de clases que desde 1918 estaba encarnada en el obrerismo europeo. Con ello se acentúa también la crisis de la sociología que en el siglo se presentó unida a los doctrinarios marxistas para que al transformarse en una disciplina autónoma, académica y universitaria, se canalice por caminos fuera de banderías políticas. La crisis del término clase obrera arrastró al de clase capitalista. A partir de 1990 apenas si alguien menciona ya el vocablo capitalismo y clase capitalista.

Para Weber "las clases no son comunidades; sólo representan posibles y frecuentes, bases de acción común" (p. 47), y aunque esta definición weberiana es inconcreta por cuanto la unión de las diversas acciones han de tener finalidades comunes, reconocemos que históricamente es cierto, ya que el obrerismo sindical desde el Manifiesto Comunista de 1848, se presentó unida a los partidos políticos marxistas. Ambos elementos sindicatos y partidos obreros tenían el fin común del apoyo a las reivindicaciones obreras.

El concepto clase social está engarzado con las estructuras económicas sociales, pero el vocablo en sí presenta increíbles órdenes, grados y ramificaciones en general. En los párrafos arriba escritos de Weber sobre las clases sindicales, se ofrece lo que es característico de este escritor, un enfoque muy peculiar del término. Es, quizás, demasiado abstracto y está muy lejos de implicar la tradicional aceptación de unirla al materialismo histórico económico. Se aleja por completo como es característica general del autor, de la posición reduccionista imperante en la década de los sesenta por lo cual cada uno de los factores sociales, económicos, religiosos y jurídicos provenía de las raíces económicas y de sus estructuras sociales, ya que estos elemento tienen en sí, y por sí, sus propias esencias y caracteres.

Y así, el revisionismo marxista que acabó por ser semiaceptado oficialmente por la Tercera Internacional Obrera preparó el camino para la reducción de la pretendida infraestructura económica a sus justos términos, tanto en el sistema soviético como en el capitalismo, con el abandono de las doctrinas marxistas con aquél olvidarse de las posiciones mesiánicas que caracterizó a sus seguidores simpatizantes y diletantes se llega al actual descrédito que está entroncado con la caída vertical de los sistemas comunistas que incluye a la Unión Soviética y a sus satélites del Pacto de Varsovia.

El revisionismo de Lukács y Gramsci fue la mortaja al cadáver, a pesar de la profunda, seria y aligerada revisión que caracteriza a la

obra de estos dos autores. Ambos combatieron el alejamiento que de la praxis y el pragmatismo hicieron teóricos y revisionista académicos. En las décadas de 1960 y 1990, el marxista más destacado fue sin duda Poulantzas, experto en sociología política. Este autor fue el primero en proclamar, además de Louis Althusser también en estas décadas, que para la problemática del siglo XX el marxismo quedó reducido a una metodología. Ambos lucharon contra la crisis de la doctrina marxista y trataron de salvarla del descrédito final. Los cuatro autores fueron revisionistas de conceptos básicos del marxismo, como por ejemplo el de clase obrera, dictadura del proletariado, estructura de clases, conciencia de clases, desclasamiento obrero, etcétera.

Los primeros revisionistas, Bernstein y los austriacos, quizás no llegaron a comprender el rechazo dogmático de los comunistas ortodoxos. Quienes comprendieron lo que el revisionismo habría de significar, fueron los dirigentes soviéticos y su Tercera Internacional, pues en efecto, los revisionistas desde 1920 hasta nuestros días hicieron tambalear el pretendido edificio monolítico del marxismo. Fue a partir de 1990, cuando el marxismo como guía para la acción política, se vino abajo.

Uno de los temas que preocupó a Weber, que fue retomado por Poulantzas y Althusser y que fue motivo de mil y una discusión de propios y extraños, fue la tan rebatida polémica de si lo político es consecuencia de lo económico. Es decir, si la economía es la infraestructura que soporta a las demás estructuras de los renglones sociales, a saber: la política, el derecho, la religión, etcétera. Sabido es, que el libro básico de Max Weber *Economía y Sociedad* comenzó con el propósito del autor de encontrar las raíces sociológicas de lo religioso, aunque derivó hacia la averiguación del fundamento económico de la organización política del presente, ya que refuta el materialismo histórico marxista asentado sobre la pretensión de que el móvil económico de los individuos y de los pueblos ha sido la constante histórica de mayor fundamento político.

Precisamente, en el texto titulado “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, Weber descubre que el canon religioso de los pueblos es el compañero inseparable de las organizaciones políticas de todos los tiempos.

En las tres mencionadas décadas, a los movimientos obreros mundiales, es decir al obrerismo, le correspondió participar en lo que se ha

denominado crisis del Estado moderno, o sea, de la sociedad política que comienza en la segunda mitad del siglo XIX con las teorías marxistas, y que alcanzará su hundimiento doctrinario con la revolución de los pueblos de la Europa oriental en 1990.

Todo comenzó con la ruptura de aquella imagen del obrero que vendía como mercancía su fuerza de trabajo, mecánicamente sin poner en la labor ninguna aplicación racional. Surgieron los obreros especializados, los técnicos, los que frente a la máquina tenían que observarla, cuidarla y manejarla, en suma.

En la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1945 la clase obrera comenzó a despolitizarse. Desengañada quizá de que los gobiernos en los sistemas socialistas, al igual que los partidos políticos obreristas que colaboraron con gobiernos de las democracias capitalistas no defendieron los intereses obreros, sino lo más que obtuvieron fueron mejoras de paños calientes como por ejemplo, algunos derechos sobre la educación, vivienda, participación en el reparto de utilidades en las empresas o por otras causas, ya que las generaciones de la segunda mitad del siglo XX en el capitalismo contemporáneo se han caracterizado por huir de las profundidades de la filosofía política. La realidad ha sido que las colectividades políticas, comunidades, la denominada por Carlos Marx con el término “masa” no ha participado activamente desde la posguerra de 1939 cual ocurrió en la primera mitad del siglo XX, pues las ocupaciones y preocupaciones de la “masa” ha sido el abandono de las causas reivindicadoras.

El hombre de nuestros días se caracteriza en términos generales por su huida de las obligaciones, cargas y deberes personales, familiares, profesionales y sociales en suma, pues está más propenso a defender sus derechos individuales. Y así, la clase obrera que reducida el término a su prístina expresión, ha quedado disminuida a los bajos estamentos sociales un tanto improductivos, ha dado paso a un tipo de trabajador muy *sui generis* caracterizado por estar ausente de la pretendida “conciencia de clase”, aburrido quizá de tanta y tan controvertida discusión entre secciones de la Segunda y la Tercera Internacional en detrimento de su defensa. Fueron años improductivos.

Los doctrinarios escribieron prolijos textos, barrocos muchos, y de cortos alcances, mientras los políticos activos fomentaban odios y enfrentamientos.

Además, hay que tener en cuenta que los sindicatos siguen haciendo la defensa por separado de la clase obrera al no formar parte de los partidos políticos como tales ni de los tribunales laborales, pero han sido estas instituciones las que a partir de la segunda mitad de nuestro siglo se han encargado de los textos jurídicos de sus ordenamientos específicos en beneficio y apoyo a los derechos del trabajador. Así, la Oficina Internacional del Trabajo, con sede en Ginebra. Muchos de los grandes Códigos laborales nacionales provienen de sus indiscutibles logros por llevar por la vía de la conciliación los intereses obrero-patronales.

Además del concepto básico de que la clase trabajadora transforma sus brazos en mercancía, existe otro concepto más genérico que proviene del vocabol salario. El asalariado, trabajador u obrero es aquel que vive de un salario, término éste que proviene de la sal, puesto que en las profesiones se menciona el término genérico de ingresos. Como por ejemplo el de un catedrático, médico, arquitecto, etcétera, no perciben salario sino que tienen ingresos. Esta distinción gramatical entró en el fondo de la separación entre clase obrera y clase media. Esta estaba integrada por profesionales además de comerciantes, militares y los cuadros intermedios, auxiliares de poderosos y triunfantes profesionales, como por ejemplo maestros de obras, practicantes, enfermeras, secretarías, etcétera. Entre el estamento obrero y estos cuadros medios profesionales se encuentran las gentes que tienen cabida en el rubro de artesanos, compuestos por muy diversas ramas de la denominación artes y oficios. Además los componentes de las profesiones liberales, no están incursos en el tan traído y llevado problema de la plusvalía, puesto que carecen de un patrón o empresario.

En relación con los conceptos que venimos manejando aparece el de la burguesía subdividida en pequeña y alta burguesía. La pequeña burguesía, o baja clase media ha huído continuamente de su pertenencia a la clase obrera, ni aún a la tecnificada y la gran burguesía ha luchado de siempre porque se le considere como formando parte de los altos estamentos sociales.⁴ Contra este desplazamiento luchó sobre la pequeña

⁴ El diccionario Bobbio-Matteuci-Pasquini comienza definiendo el vocablo burguesía con el enfoque histórico hoy superado "como un estrato social intermedio entre la aristocracia y la nobleza... y el proletariado, formado por los asalariados, y más genéricamente por los trabajadores manuales... una segunda definición responde más a la realidad de hoy... como la clase que detenta globalmente los medios de producción, y, por lo mismo, que encierra en sí el poder económico y político: se

burguesía la Tercera Internacional obrera y contra la pretensión de la gran burguesía de formar parte de los altos estamentos productivos los que en realidad integran este estamento a saber: inversionistas, banqueros, miembros de las transnacionales, comerciantes de altos conexos con el exterior, etcétera.

Lo que sí no hay duda es que estos elementos que sin duda tienen cabida en el amplio concepto de clases sociales, han experimentado un cambio de posiciones consistentes en que la posesión de riquezas obliga a llegar al poder político directo disfrazado para desde esta trinchera defender con mayores posibilidades sus intereses particulares. En ese sentido existe la despolitización del concepto clásico de poder político cuya posesión en declaraciones veraces o falsas implicaba el compromiso con lo que Herman Heller denomina salud pública y que con anterioridad en el siglo XIII Santo Tomás designó como bien común.

Fue a partir de la Revolución Francesa cuando el fin beneficio del pueblo se fue sustituyendo por el beneficio de la Nación. Y mientras la doctrina de algunos revisionistas como Poulantzas mencionaba la teoría reduccionista, es decir, mientras los teóricos de principios de la segunda mitad de nuestro siglo investigaban si la clase obrera había de ser considerada en una proyección estrictamente para el asalariado que vive de su fuerza de trabajo manual, como engranaje de una producción cuya labor es un eslabón más, o si por el contrario tenían cabida en ella la pequeña burguesía, el pueblo llano, la baja clase media, como asalariados. En la realidad práctica comenzó a gestarse el

contrapone al proletariado, que carece de dichos medios y posee únicamente su fuerza de trabajo" (Gian Mario Bravo elaboró el vocablo).

En el diccionario no figuran los vocablos de clase social, clase obrera, ni obrerismo, pero sí figura el vocablo proletariado, trabajado por Pablo Ceri quien considera que lo es por cuanto formando parte del proceso de producción, percibe un salario "por parte del detentador de la propiedad de los medios de producción y del control de su prestación laboral" y seguidamente se hace referencia a la concepción marxista que indica "una verdadera y propia clase social la clase de los productores asalariados, es recurrente en todas las ciencias sociales para indicar genéricamente el conjunto de los trabajadores manuales, aunque esta acepción es cada vez menos frecuente... no se tipifica un proletariado sino varios... respecto al mercado de trabajo se distingue en forma recurrente entre proletariado (o fuerza de trabajo) central y proletariado marginal, mientras que respecto a los procesos de desarrollo económico capitalista a escala internacional, o incluso nacional se distingue entre proletariado interno y proletariado externo Norberto BOBBIO, Nicolás MATTEUCCI y Gianfranco PASQUINO, *Diccionario de política*, Edit. Siglo Veintiuno, 6a. edic. México, 1991.

fenómeno de que la clase obrera abandonó su destino de bajo estamento, porque sus integrantes no quieren ser denominados obreros. A lo más que concede es que este vocablo vaya seguido del de especializado o técnico.

Todo esto sucedió cuando ya ni Max Weber ni Herman Heller podrían analizarlo debido a su ausencia definitiva.

Desde la revolución de los pueblos de Europa del Este, en 1989 y 1990, se está creando una nueva terminología política la que como siempre el vocablo refleja un contenido propio. Ahora se habla de la fuerza por la unión de diversos países en el libre mercado. ¿Quién recuerda ya a las sociedades medievales corporativas y a su intento de reanudarlas en la primera mitad del siglo? ¿Cómo hablar del sistema capitalista cuya mención implicaba la existencia de su sistema antagónico el comunismo? Lo que no cabe duda es que hay en la ciudadanía de los países una liberación de la enorme carga traída por los países comunistas, por las doctrinas marxistas, por la guerra fría entre estos sistemas con las democracias capitalistas.

Pero, ¿no estaremos viviendo el peligro de que este descanso o respiro sea la causa de la intensa exigencia de derechos propios en olvido de los deberes, así como la indiferencia política, el alejamiento de las democracias participativas, con el regreso a la institución hobbiana del representante político? En este retroceso se ceden los indelegables deberes del hombre político. Si así fuera, volvería a aparecer el mal menor del paternalismo político y el mayor del populismo, característica ésta que en los países latinoamericanos es una característica constante.

“Una dificultad muy grande en la forma de analizar las clases y la composición clasista de la sociedad es la existencia y persistencia de categorías sociológicas convencionales que representan un modelo protector convencional de la sociedad. Para la mayoría de los sociólogos existen de hecho múltiples estructuras de clase”.⁵

Para Max Weber la existencia de grupos en la sociedad, proviene de que la estructura de casta se convierte en diferencias funcionales; dentro de la societalización política genera sacerdotes, artesanos con significación política importante para la guerra y la construcción social... (p. 60).

⁵ ALLEN, Vic, *La diferenciación de la clase obrera* del texto “Clases y Estructura de Clases”, de Poulantzas y varios, Edit. Nuestro Tiempo, México, 1981, p. 77.

Sin duda alguna todavía el honor y el prestigio que fueron las características predominantes para alcanzar estratos económicos más elevados, y en su consecuencia, con mayor poder político, siguen siendo ingredientes o acicates a ser tenidos en cuenta, pero no en forma aislada como lo consideró Max Weber, ya que estos “estímulos” figuran en las generaciones posteriores junto a los lícitos económicos, y aún a los lícitos de envergadura nacional e internacional aparecidos a partir de la segunda mitad de nuestro siglo. Así por ejemplo, en España la gente de los disidentes vascos que forman la ETA (tierra y libertad) caracterizados por haber sembrado el terror desde las postrimerías del franquismo (1975) introdujeron en el país el por ellos denominado “impuesto revolucionario”, consiste en obligar a empresarios y ricos industriales a sufragar apoyo financiero a la institución y en caso negativo presionar sobre la familia del interesado con su secuestro.

Consideramos que cuanto mayor es la posibilidad de conseguir riqueza desde el poder político, menor es el estímulo de alcanzarlo para obtener prestigio y honores. Cuanto más primitivas fueron las arcaicas comunidades políticas del pasado, mayor hubo de ser alcanzado en la aldea el puesto de Chamán. Al ir extendiéndose económicamente dichas comunidades por la división del trabajo, con sus diferencias estamentales o estructurales comenzó a figurar junto a los estímulos por el prestigio y el honor los móviles económicos que mencionamos, hasta llegar, en un proceso lento, hasta nuestros días.

Lo que no cabe duda es que los conceptos de prestigio, honor y alcances económicos, son diferentes según las gentes de los estamentos a los que pertenezcan, y va desde los más bajos hasta los más altos, ya que los tres elementos, honor, prestigio, y disponibilidad económica van alcanzando grados más elevados desde los estamentos inferiores a los superiores. Además, cada estamento o clase social, tiene sus propias reglas sobre lo que se entiende por dignidad, poderes y riquezas. Hay en cada uno de ellos un honor específico y asimismo lo es el rechazo de quienes vulneraron las reglas convencionales. Cada clase social tiene una consideración específica sobre el honor. Creemos que el concepto de solidaridad es en los estratos sociales bajos, un instinto proveniente de la inseguridad cotidiana.

La adscripción a un grupo alto implica la posibilidad de monopolizar bienes y servicios materiales, culturales y profesionales. A ello Max Weber denomina “estilo de vida dentro del honor de *status*” (p. 62).

Precisamente desde que en el siglo XVII empieza a reconocerse la soberanía del pueblo, se van rompiendo los cotos cerrados que caracterizó a todo estamento superior respecto del interior durante el medievo. Recordemos como en los albores de la época moderna la desplazada aristocracia que se negaba a aceptar el trabajo manual como fuente de obligados ingresos cotidianos (“...en un lugar de la mancha...”)¹ propiciaban el matrimonio de sus hijos con los de la alta burguesía la que poseedora de riquezas alcanzaba el poder. Y, asimismo, recordemos como caballeros e hidalgos, reducidos al ocio concertaban el matrimonio de sus hijos con los de la poderosa nueva clase social, ya que las dos grandes etapas de la historia política, el Renacimiento y su secuela la época moderna, supuso una de las revoluciones políticas más profundas de los pueblos de Europa. Así, la burguesía desplazó a la aristocracia y las estructuras militares y feudales entraron, aquélla en sorprendente transformación, auspiciada por las nuevas armas de altos alcances que ocasionó nuevas tácticas bélicas. Y en cuanto a los señores feudales, a su desaparición.

No hay duda de que las gentes que integran una Nación aun cuando se expresen en el mismo idioma, su fisonomía, peculiaridad e idiosincrasia difieren entre sí. Por ello, los enfoques ante los hechos sociales con frecuencia son distintos, ya que el grado de cultura conduce a posiciones diferentes. Podría ser más fácil la reacción común de franceses, alemanes, españoles, etcétera, perteneciente al mismo nivel social frente a un hecho histórico, cultural, económico, a pesar de que se expresen en idiomas distintos. Ello puede comprobarse en congresos internacionales en los que los participantes al analizar determinadas corrientes, doctrinas, o, hechos políticos internacionales originan comprensión, concertación o réplica.

“Que el ‘estilo de vida’ dentro del ‘honor de *status*’ desempeña un papel decisivo, se muestra en el hecho de que los grupos de *status* son los depositarios específicos de todas las “convenciones”. Cualquiera sea su modo de aparecer, toda la “estilización” de la vida surge en grupos de *status*, o, por lo menos, es conservada por esos grupos. Y aunque los fundamentos de las convenciones de *status* puedan ser muy diversos, las convenciones muestran ciertos rasgos característicos sobre todo en los estratos más privilegiados” (p. 63).

Dice Vic Allen que “lo más importante que se debe recordar sobre el análisis convencional de clases es que no es análisis en forma alguna, sino una concesión descriptiva y clasificatoria” (*ob. cit.*, p. 79). Quizás

no sea demasiado acertado el razonamiento, ya que para describir y clasificar, también hay que analizar. En definitiva, así como desapareció la aristocracia como fuerza social, así, por causas distintas la clase obrera que se niega a ser descrita y clasificada como tal, está llamada a desaparecer perdida en la masificación colectiva. Si el término obrero no le es grato a los individuos que componen la clase obrera, llegará un momento en que desaparecerá con ella, definitivamente, la lucha de clase y la dictadura del proletariado, y el pretendido derecho hegemónico que Carlos Marx les atribuyó basándose en que por ser el grupo más numeroso de la sociedad moderna tenía derechos preferenciales de decisión. Ello ya está sucediendo.

Comenzó en la Alemania del Este, siguieron los tres Estados del Báltico y los del Pacto de Varsovia. En estos países la militancia obrera tuvo mayores pretensiones que la de transformar sus brazos en un engranaje más de la máquina. Marginada la pretendida conciencia de clase que exigía participación, según la Tercera Internacional, contra el sistema capitalista, se ocasionó el alejamiento de la violencia, de la denominada "revolución permanente" contra las sociedades democráticas capitalistas. Ya nadie quiere vender su fuerza de trabajo, al menos en las ciudades. Todavía quedan algunas ofertas en los pueblos alrededor de las siembras, cultivos y sobretodo recolecciones. La educación favorece a sus poseedores al llegar a estamentos superiores, entre otras razones, porque ya no hay aristocracia que desplazar.

No hay duda de que en todo este proceso de descomposición, figura un elemento que se fue gestando en la segunda mitad del siglo XIX. Me refiero al de la competencia en el mercado de la oferta mercantil. Cuando en aquella época decimonónica las corporaciones laborales que actuaban en la relación maestro-aprendices desaparecieron dando lugar al trabajo libre, el individuo entró a la competencia por la calidad del trabajo desempeñado o a desempeñar sin la pretensión ni de mecenazas ni de escuelas bajo la rúbrica del maestro. El hombre quedó solo y desamparado. Ha tenido que enfrentarse no sólo a competencias no siempre leales, sino a una ley movediza caprichosa e inestable que todo lo adultera: la de la oferta y la demanda.

A Nikos Poulantzas le interesó el análisis de la nueva pequeña burguesía para precisar los límites de esta clase con la obrera, a la que define como los vendedores de la fuerza de trabajo, Tal ha sido, afir-

ma, la posición de la socialdemocracia.⁶ Es decir, para sus partidarios se trata de “una clase asalariada”. Seguidamente analiza Poulantzas sus diversas transformaciones en la teoría y la praxis. Considera Poulantzas que la nueva pequeña burguesía debe ser considerada como separada de los obreros aunque se trata de trabajadores asalariados pero que tienen intereses particulares de clase.

Resulta de gran interés leer a estos autores de las primeras décadas de la posguerra de 1945. Conmueve la importancia minuciosa que se da a problemas de los estamentos económicos hoy desaparecidos, tanto en la realidad social, como en la doctrina y los doctrinarios que los investigaron. El autor, por ejemplo, afirma que “finalmente he tratado de demostrar la forma en que las transformaciones del capitalismo contemporáneo operan de forma tal que producen en importantes fracciones de la nueva pequeña burguesía una polarización objetiva a la nueva clase obrera” (p. 154).

Curiosamente, unos años después de la posición de este autor la realidad social comenzó a canalizarse por objetivos muy diferentes. Y así, si la clase obrera se ha desclasado como venimos afirmando, ha sido precisamente en su intento de saltar hacia el nivel de la pequeña burguesía o clase media. Por lo tanto, en este siglo que acaba no tiene cabida la siguiente afirmación de Poulantzas: “existen posibilidades objetivas para una alianza de la clase obrera con ciertas fracciones de la nueva pequeña burguesía y para la realización de la hegemonía de aquella clase. Pero tiene que entenderse claramente que, debido a su carácter de miembros de otra clase, los integrantes de la nueva pequeña burguesía, deben ser ganados necesariamente por la clase obrera. Pero esto no sucede automáticamente, pues la pequeña burguesía no adopta inmediatamente la posición de clase de la clase obrera. Incluso más importante resulta comprender que cuando la clase obrera ha ganado para sí a esos elementos, también los puede perder” (p. 154).

Ocurrió exactamente lo contrario de lo previsto por Poulantzas. En política los buenos deseos pueden ofuscar los análisis de las fuerzas sociales. Una cosa es lo que las diversas posiciones políticas deseen que ocurra, y otra lo que la realidad está ocurriendo. Nótese que en la pequeña biografía sobre los autores que integraron el texto, los artícu-

⁶ POULANTZAS, Nikos, *La nueva pequeña burguesía*, artículo que figura en el ya citado texto de Nikos Poulantzas y varios, p. 141.

los que lo componen corresponde a los años 1975 y 1977. Precisamente, unos años después en la década de 1980 hasta la actual, las consecuencias del deshielo político que siguió a la pretendida congelación de problemas entre las dos grandes potencias internacionales, a saber los Estados Unidos y la Unión Soviética, ocasionó el sorprendente, por inesperado abandono de tácticas, términos y demás disquisiciones que comenzaron a flotar en el vacío de lo que no fue.

Más explícito, pero siguiendo la misma línea, da gran importancia a estructuras y luchas obreristas que estaban siendo abandonadas. Escribe el autor el interesante texto titulado "Poder político y clases sociales en el estado capitalista". A la luz de la distancia, el texto ofrece el apego a consideraciones que hoy están fuera de lugar según venimos tratando de demostrar. Supervive de él esa diferencia muy particular que el autor hace del vocablo político diferenciado de la política que lo aplica a la concepción histórica del marxismo. Así transcribe el pensamiento de Gramsci: "La primera cuestión que hay que plantear y resolver en un estudio sobre Maquiavelo es la de lo político como ciencia autónoma, es decir, del lugar que la ciencia política ocupa o debe ocupar en una concepción sistemática del mundo... en una filosofía de la praxis. El progreso que, a este propósito hicieron los estudiosos de Maquiavelo y la ciencia política por obra de Croce, consiste sobre todo... en haber disipado una serie de falsos problemas, inexistentes o mal planteados... se tratará pues, de establecer la posición dialéctica de la actividad política... que es precisamente el primer momento, o el primer grado; el momento de la superestructura está aún en la fase inmediata de simple afirmación voluntaria indistinta y elemental".⁷

Es indiscutible la carga filosófica existente en el párrafo de Gramsci. Se pretende que la ciencia política que es sin duda una disciplina que teniendo como ámbito la sociedad política en las acciones y decisiones de las gentes establecidas tradicionalmente sobre un territorio, se caracteriza por una mayor profundidad en relación con su hermana mayor la Sociología Política, reducida en la actualidad al mero conocimiento de las pretendidas leyes existentes en el ámbito comunitario. Es un acierto que Gramsci llame la atención, según el filósofo Croce

⁷ POULANTZAS, Nikos, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Edit. Siglo Veintiuno, México, 1970, pp. 35 y 36.

sobre algunos aspectos de la doctrina de Maquiavelo que es un autor que al igual que Carlos Marx es muy mencionado y poco leído, lo que acarrea las consecuencias de falsas interpretaciones. Respecto de las actividades dialécticas aplicadas a la política, ocurre algo parecido también, pues con el método dialéctico como con cualquier otro método, sucede que las referencias a la metodología no son aplicadas. Es decir, también se trata de olvidados buenos deseos en ocasiones tan inoperantes como imaginativos y confusos. Además tampoco hoy día tiene aplicación alguna y en su caso es un símil imaginativo los vocablos infraestructuras, que considera a la economía como el cimiento de todas y cada una de las estructuras sociales (políticas, religiosas, jurídicas, etcétera); más bien, sería justo reconocer que ninguna de ellas presenta un orden jerárquico de superioridad, pues aun cuando es cierto que la economía es factor fundamental en el estado contemporáneo, no menos lo es que los mencionados renglones sociales también lo son.

Pretender elegir a uno de ellos como fundante de los otros nos conduciría al peligro que en política presenta las posiciones monistas. Es decir, no hay un solo factor fundante, aun cuando en las sociedades políticas contemporáneas, cada uno de los renglones sociales mencionados son lo suficientemente poderosos como para ser independientes entre sí. Es decir, no configurantes de los demás factores. Y en su caso, aceptando la interrelación, ello no implica ni transferencia, ni transgresión, ni transmutación. En definitiva, lo económico es lo económico, lo que también es cierto para lo político, lo religioso, lo jurídico y demás convencionalismos sociales. Y así, el funcionalismo de estos convencionalismos sociales con sus estructuras prácticas y típicas tienen una función propia: la realización de sus objetivos o finalidades específicas.

El término funcionalismo en política presenta interesantes connotaciones. Podemos considerar el funcionalismo en una acepción general el movimiento en sí mismo de un concepto o elemento o en su influencia de interrelación funcional. Así la economía, la política, la religión presentan su vida o actividad propia más la interrelacionada. Así en el método dialéctico, en sí mismo se integra por la tesis-antítesis-síntesis. Esta última se concatena en una tesis que generará la antítesis-síntesis y así hasta el infinito dinámico-fenomenológico del quehacer humano.

Poulantzas analiza el funcionalismo partiendo de lo que él denomina la función general del Estado. Considera que sirve en la más ortodoxa teoría marxista de Gramsci, para que el Estado de la sociedad política tradicional “sea radicalmente cambiado y roto el antiguo aparato del Estado, por la teoría de la dictadura del proletariado” (p. 43).

Sin la menor duda en el año de 1970 en que fue publicada la segunda edición en español del mencionado texto, nadie hubiera podido vaticinar que en 1990 se derrumbara cualquier teoría de la pretendida concepción materialista de la historia y que cayera en el descrédito lo que alrededor del concepto de clase obrera los marxistólogos edificaron sobre la lucha de clases y la dictadura del proletariado.

Al releer alguno de los textos de Poulantzas, y de destacados marxistólogos de la época, así como al recordar algunos manifiestos de congresos de secciones de la Tercera Internacional y asimismo a las eternas discusiones periodísticas y de revistas especializadas en la denominada “defensa del obrero” nos llama poderosamente la atención las profundas equivocaciones, que supusieron las creencias de los adeptos quienes las transformaban en artículo de fe entresacadas de las corrientes políticas obreristas, pretendidamente mayoritarias, con fuerza impositiva hacia posiciones minoritarias débiles. Fue exactamente lo contrario. En el mejor de los casos no hubieran pasado de discusiones bizantinas sin mayor trascendencia. Algo parecido a lo que Max Weber recuerda en su célebre tratado de “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” cuando se refiere a la polémica entablada sobre “cuántas cabezas de ángel, tienen cabida en la cabeza de un alfiler” o aquella otra de peregrina idea en que los canonistas eclesiásticos se enzarzaron en la discusión sobre cuál sería el sexo de los ángeles, o aquella otra detenida por irreverente en la que los doctrinarios católicos se incursionaron por el resbaladizo camino de proclamarla “asexualidad de Dios”.

También es peregrina idea la que ocasionó encontrados razonamientos entre los doctrinarios marxistas fundamentalistas y los funcionalistas. La realidad estructural de las sociedades de entonces posiblemente ni llegó a enterarse de estas pugnas que nos resultan hoy, también, un tanto intrascendentes. Dice Poulantzas: “en resumen, ¿por qué?, según las palabras exactas de Lenin, el problema fundamental de toda revolución es el poder en el Estado?” y asimismo afirma que “el Estado posee la función particular de constituir el factor de cohesión de los niveles de una formación social. Esto es precisamente lo que el marxis-

mo expresó al concebir el Estado como factor de orden, como principio de organización de una formación política sino en el sentido de la cohesión del conjunto de los niveles de una unidad compleja, y como factor de regulación de su equilibrio global, en cuanto sistema. Así puede verse por qué la práctica política que tiene por objetivo el Estado, produce las transformaciones de la unidad y por lo tanto es el “motor de la historia”.⁸ El párrafo es un tanto oscuro y de difícil comprensión lo que con frecuencia ocurre con el autor.

Quizá estas dos afirmaciones de Poulantzas nos conduzcan a la pretendida despolitización que algunos tratadistas, no marxistas, han sostenido desde la segunda mitad de nuestro siglo. Porque tal pretensión de los marxistólogos, posiblemente provenga del transcrito párrafo de Lenin. Y así, se combatieron conceptos elementalmente imprescindibles como el de la soberanía política, pero se coincidió con los sociólogos que casi reducen el Estado a su poder. En su consecuencia, confundieron los términos y difundieron la peligrosa posición de identificar el Estado con su poder político, atacándolo como el Leviatán moderno coartador de la libertad política. Y no es así, ya que el Estado es la única institución que a través de la historia, y aunque con diversos nombres, ha transformado la cultura política universal en civilización.

Respecto de los políticos y la política, para nosotros está claro que en el primer término está incluida toda la gama de valores axiológicos que tiene como base el bien común de la teoría política, y la justicia de la teoría jurídica. Los marxistólogos no lo enfocaron así, y estudiaron la política como la acción conducente a realizarla como elemento trascendido. En la actualidad y con los años transcurridos el renglón económico de la sociedad política ha tomado un gran incremento, lo que no pretexto para considerarlo como un factor que configura a los demás elementos sociales, aunque reconozcamos la gran importancia que la economía tiene, no solamente en el ámbito interno de los Estados, sino en el exterior. Véase si no las inversionistas extranjeras y la intervención de las transnacionales en las finanzas de las naciones.

Lo que en realidad forma y conforma la acción política proviene de la manera de ser de las gentes establecidas tradicionalmente sobre un territorio. Lo peculiar, la idiosincrasia de estas gentes son las raíces configurativas de su manera de ser. Bien es verdad que lo económico está relacionado con la vida materialista, con el materialismo, cuyos

⁸ POULANTZAS, Nikos, *op. cit.*, pp. 43 y 44.

móviles y acicates de siempre han contribuido a originar las organizaciones políticas y los ordenamientos jurídicos. Se trata de un factor que en determinados momentos de la historia de los pueblos puede ser si no excluyente, fundamental y configurante. Pero, insistimos no excluye la importancia autónoma por no dependiente de los demás cánones y convencionalismos sociales.

El hablar de despolitización como el plantear el exceso de política supone rectificar lo que está mal, o lo que todavía no ha estado. En los jóvenes pueblos de Hispanoamérica, precisamente, hay que politizar. Es decir, hay que educar bien a las gentes para su participación política como un servicio público, el más excelso de cuanto servicio público han inventado los hombres en beneficio del bien común. Bien es verdad que el término no está demasiado acreditado a través de la historia no así en la doctrina. Quizá por ello Herman Heller lo sustituye por el de salud pública. Pero, en verdad, no se trata de sustituir etiquetas cuando el contenido es el mismo.

El Estado es la institución que regula el servicio público a través de su orden jurídico. Ni hay crisis del Estado ni exceso de politización del mismo, por cuanto el Estado es la más alta institución específica que consigue que los intereses particulares se integren en los comunes. Si sobre esta misión subsistiera el primado religioso como antaño, o de lo económico, como pretendieron las escuelas materialistas del siglo XIX, se produciría el grave desequilibrio de la misión estatal en perjuicio de la sociedad política, es decir del pueblo de un Estado. Precisamente, las patologías políticas que advinieron universalmente desde la tercera década de nuestro siglo hasta la última actual estos sesenta años de nuestra centuria ha ocasionado una grieta de envergadura grave en la línea reformista progresista del siglo XIX. Es la línea de la democracia como forma de vida social que fue contrarrestada por móviles eclesiásticos o doctrinarios de materialismo económico.

Afortunadamente, con la revolución democrática de los pueblos de la denominada Europa oriental, el siglo XXI heredará la nueva toma de decisiones de la política en sus justos términos. Es decir, la acción común encaminada a la realización de objetivos de grandes alcances sociales. No se trata, pues, de dividir renglones a lo social. Dice Poultzas: "la función del Estado, factor de cohesión de la unidad de una formación que hace de él el lugar donde se condensan las contradic-

ciones de las instancias. Que se caracteriza por al imbricación de varios modos de producción”.

Es ésta una posición demasiado peligrosa por monista, ya que la unidad del Estado se integra por la unidad de propósitos, de la síntesis de posiciones de la sociedad política la que a su vez está formada por todos y cada uno de los cánones y convencionalismos sociales. Entre ellos los modos de producción. Hay pues que abandonar, por demasiado peligrosa, la adscripción del Estado como resultado del sistema económico, pues el Estado es mucho más que todo esto; es tan peligroso como si pretendiéramos defender que el Estado es el Derecho exclusivamente.

Los viejos textos marxistas pertenecen a la noche del pasado. Como asimismo, los conceptos de clase social y de lucha de clases los que infortunadamente para la historia de más de la mitad de nuestro siglo se pretendió llevarlos a la práctica.

En la presente sociedad política existen categorías sociales en orden a la función que desempeñan las gentes de los diversos oficios y profesiones, lo que integra estructuras económicas. La desaparición de la Unión Soviética y de sus satélites del Pacto de Varsovia supuso la desmitificación del pretendido derecho de la clase obrera para implantar un pretendido sistema político a su servicio. Puesto que eran los más débiles, se dijo, y en su nombre se creó una sociedad supuestamente igualitaria, sin libertad.

Ha habido que regresar a las raíces humanas de las relaciones sociales, a buscar los ethos y mores de las causas políticas. Que una y que no divida a las gentes establecidas tradicionalmente sobre un territorio y que tanto tienen de común como el idioma, su cultura y el deseo de vivir y convivir dentro de una organización jurídica política. Decir clases sociales es mencionar dominios y divisiones. Lo que está subsistiendo de las pasadas décadas de nuestro siglo es el aprendizaje de nuevas relaciones sociales estructurales. Hemos padecido un exceso de materialismo doctrinario de la sociedad capitalista y de su alta y media burguesía. De su clase media se desprenden algunos aspectos positivos que podrían aprovecharse para la futura sociedad desmitificada. Sin embargo, hemos de reconocer, que en sus justos términos el sindicalismo decimonónico, antes de transformarse en el siglo XX en un amenazante gigante tuvo su razón de ser: contribuyó a elevar el poder adquisitivo de los bajos estamentos sociales engranados en la producción, esparció la educación y las posibilidades de difusión técnica.

Pero fue insuficiente. De haber sido mayores los logros y haberlos hecho extensibles a los bajos estamentos, estas posibilidades hubieran contribuido aún más a la desmitificación de doctrinas impositivas del privilegio elitista. Se hubiera contribuido a una sociedad menos desigual ya que la democracia es mera declaración formal sin la elevación del nivel de vida de los menesterosos, de cuando no se dispone de un poder adquisitivo digno. Si las asociaciones obrero-patronales hubieran adoptado un camino de más sereno juicio. Pero no fue así, a la luz de la distancia releer a autores que aparecieron inmediatamente después de Max Weber, nos muestra la preocupación de algunos de estos autores. P.e. de Heller. La doctrina weberiana, su ciencia política está basada sobre criterios realistas carentes de luchar por obtener incomprensibles triunfos de un sector económico de la sociedad en detrimento de los demás sectores que la componen; aun cuando justo es reconocer que la degradante desigualdad social de los desposeídos contrarresta con el despilfarro injurioso de las élites económicas. Algunas de éstas y tal como lo analizó Weber se valen de los denominados prestanombres para esconder sus procedimientos oligárquicos.

¿Cómo pretender que el Estado sea elitista en favor exclusivo de un segmento de ella? La historia moderna y contemporánea muestra su fracaso. Los Estados confesionales que hicieron de una religión su razón de ser sucumbieron perdidos en los dogmas retrógrados-oscuros. Asimismo sucedió con los racistas (Alemania de Hitler) y los pretendidamente marxistas con sus dictaduras del proletariado como la desaparecida Unión Soviética, pues la misión del Estado implica el bien común, la atención a todos sus estamentos sociales en su integración global.

Esta institución es tan abstracta como lo es el derecho. Se integra por los elementos que lo constituyen. Bien es verdad que el Estado “detenta el monopolio de la represión física organizada” (Weber) pero ello se debe a que defiende el bien general de acuerdo con la norma jurídica positiva. Lo que no deberá nunca un Estado y su derecho es defender el bien particular de un estamento económico o categoría social determinada. Pues los términos Estado, Poder político supremo, Nación, Derecho, están dirigidos al bien general y no al particular de ninguna pretendidamente clase social. Cuando la Unión Soviética se abocó a defender a los obreros y campesinos en particular, la dictadura impuesta se construyó sobre la carencia de libertad en todos sus órde-

nes: política, económica, religiosa, y los resultados jamás “justificaron” el sacrificio.

Caerá en desuso la denominación de sociedad capitalista. Lo grave es si las nuevas denominaciones traten de ocultar al mal de una sociedad política irremediabilmente desigual que actúa con el lema, nunca superado a través de la historia de cada quien según sus aportaciones. La sociedad no devuelve exactamente lo que el hombre le ha proporcionado. En el regreso del camino se quedan tramos sin andar.

Poulantzas estudió el problema en los siguientes términos: “el Estado capitalista presenta también por su estructura específica, y en sus relaciones con las clases y fracciones dominantes una particularidad respecto de los otros tipos de Estado”. Son estas afirmaciones demasiado hegemónicas, aun cuando en este siglo que acaba el problema de las desigualdades sociales es contrario a toda posición eticista. Para paliarlas habrá que partir de nuevos enfoques, humanos, generales y abstractos en los que no pueda tener cabida la riqueza dominante sobre la pobreza dominada. Estamos en presencia de un sistema de insospechados alcances de desarrollo industrial en el que la agricultura presenta una imagen mucho más compleja que la del campesino que labraba su tierra para satisfacer necesidades exclusivamente familiares. La producción económica en las sociedades modernas tienen, precisamente, una función social, un objetivo de globalización de todos y cada uno de los elementos que integran la producción y que excluye hacerlo en beneficio de algunos de los sectores humanos que integran la producción, ya que el Estado actúa protegiendo objetivos e intereses totales, aun cuando el derecho especifique los medios a seguir para evitar arbitrariedades y explotaciones.

En este sentido podríamos hablar del Estado absolutista aun cuando más bien lo correcto sería denominarlo el Estado como factor de canalización de los intereses particulares hacia los comunitarios de una nación de un pueblo.

La división de la sociedad en capas bajas y altas, la injusticia, aun siendo elementos de doctrinas y de sus investigaciones, tienen que ser analizadas en la realidad social práctica, teniendo en cuenta que la política es el arte de lo posible y no de lo imposible, de lo que es humano, de lo que nos pertenece.

Los bloques económicos y políticos en las sociedades implican el acercamiento más allá de los límites razonables de factores dominantes

del poder político al servicio de sus propios intereses. La alta política no es esto, sino que precisamente, la vida comunitaria, participativa debe tender a realizar las mejoras sociales, el progreso y sus reformas, en beneficio del desclasamiento, evitando posiciones hegemónicas y rivalidades, en la medida de los posibles.

La experiencia histórica ha demostrado que en los países altamente industrializados el poder adquisitivo de los bajos estamentos va ascendiendo progresivamente aun cuando en muchas ocasiones con lentitud. En los países de bajo desarrollo aun los altos estamentos, con excepción de un pequeño grupo de familias elitistas presentan un nivel de bajas posibilidades adquisitivas en relación con los niveles de los mismos estamentos, en el exterior. En los países altamente industrializados las técnicas en la facilidad y aceleramiento en los factores de producción, repercuten sobre los satisfactores económicos cotidianos. Es un estar al día, centrados en aplicaciones al servicio del progreso, lo que no sucede en los países subdesarrollados donde la maquinaria cotidiana tiene engranajes gastados, oxidados.

La técnica moderna ha originado la tecnocracia. El tecnócrata medido a político es más lógico y racional que el humanista. Quizá lo ideal sería la unión de ambos caracteres, ya que el tecnócrata actúa con la fría reflexión y el político, muy especialmente de los cuadros medios, con impulsos sentimentales que pueden ocasionar incorrectas consecuencias. La buena política no divide sino une, desdibujando los intereses particulares contrapuestos al interés general. El político nato tiene que mantener el interés general, cuando el particular se contrapone a él. Lo contrario puede contribuir al predominio de los intereses particulares en la lucha por salvaguardarlos y mantenerlos desconectados del bien comunitario. El peligro se hace mayor cuando en el camino se fabrican alianzas y bloques mal denominados de apoyo solidario a problemas de otros. Generalmente estos bloques solidarios pueden generar en plataformas políticas, movedizas sin arraigos, incapaces de dar frutos positivos, y que pueden conducir a acciones violentas e impropias.

Actuar políticamente es conciliar intereses, desatar nudos y aceptar las causas justas de los demás haciéndolas propias hasta por conveniencia racional. Así debe de ser porque la división augura fracasos y el apoyo solidario es pregón de triunfos.

Poulantzas con la visión pétrea que le caracterizó al analizar la sociedad de su tiempo, recuerda a Lenin de la manera siguiente: “la ilusión ideológica, capital en el caso de las clases-apoyos, reviste la forma política particular del fetichismo del poder de que hablaba Lenin, creencia en un Estado por encima de la lucha de clases y que podría servir a sus intereses contra los del bloque en el poder y de las clases aliadas en el primer caso, creencia en un Estado-guardián del *statu-quo*, obstáculo para la conquista del poder por la clase obrera en el segundo caso” (p. 316).

Hoy día, y empezando por su anacrónica terminología, nos parece, su muerto razonamiento de una visión fantasmal, como muchas de las publicaciones marxistólogas comprendidas en la década de los cincuenta hasta los ochenta en que las estructuras sociales actuales se perfilan por otros rumbos más humanitarios.

El párrafo que acabamos de transcribir muestra unos conceptos gravemente monistas y muy peligrosos, los que afortunadamente no triunfaron: los de creer que fuera dé la lucha de clases nada tenía que hacer la entonces denominada clase obrera. Se la alertaba contra el peligro de creer en un Estado defensor del orden social imperante y de su derecho. Y así, la marginación de los obreros se exigía respecto del medio oficial, pero no se trató de una marginación pasiva sino activa que ocasionó cruentas rivalidades con sus odios y rechazos. Ello ha detenido el progreso hacia una sociedad más pacífica puesto que el amplio sector numérico se le pedía la no colaboración, la no participación en el sistema.

Afortunadamente para la historia, las secciones de la Tercera Internacional tuvieron una composición nacional minoritaria. Creo que no se ha reconocido en toda su profundidad y proyección universal la existencia del mayor dique de contención contra los partidos comunistas minoritarios en las sociedades capitalistas realizada por los socialdemócratas en sus países respectivos.

Fueron los constructores de la mayoría de las reivindicaciones obreras, muy especialmente en Europa. Ello, a pesar de la existencia de los cuadros políticos internacionales preparados por la Unión Soviética caracterizada por reiterados, costos y cruentos intentos de desestabilizar a las sociedades capitalistas con su característica de tratar de exportar su sistema. Se nos presentaba éste como el paraíso obrero reencontrado. Pero ya en la década de los setenta cuando todavía las democra-

cias occidentales hablaban de la necesidad de afianzar la coexistencia pacífica, ya para entonces, la Unión Soviética estaba envuelta, protegida por tupido velo, tratando de ocultar ante propios y extraños el profundo fracaso de su sistema político. Para aquel entonces la URSS no podía ocultar el fracaso de sus planes quinquenales. Comenzaba a saberse de su reparto masivo de la miseria y que solamente “la élite de la nomenclatura” podía vivir en un alto nivel, de posibilidades económicas, desconectadas de la triste realidad imperante.

En la posguerra de 1918 los minoritarios partidos comunistas increparon a los social-demócratas con el anatema “de colaboracionistas” con la burguesía y con epítetos como “lacayos de guante blanco”. En la posguerra de 1945 el panorama fue otro, debido a la “colaboración de la Unión Soviética con las democracias capitalistas, iniciadas cuando Stalin rompió el recién firmado Pacto germano-soviético. Desde entonces, hasta nuestros días, los soviéticos, roto el deshielo iniciaron la táctica progresiva del acercamiento en el capitalismo occidental. La señora Thatcher, Primer Ministro de Inglaterra contribuyó en la década de los ochenta al deshielo de las relaciones, lo que pudo realizarse por la existencia de Gorbachov. Ya antes, en plena Segunda Guerra Mundial, Stalin aceptó la desaparición de la Tercera Internacional, posiblemente como un compromiso contraído con Churchill, el entonces Primer Ministro inglés, requisito previo para su alianza con el Occidente. A pesar de que de 1945 a 1970, aproximadamente, existió el congelamiento de problemas entre Inglaterra y Estados Unidos con la Unión Soviética, sin embargo, hubo un aspecto positivo que conviene destacar: el no envío, con profusión, de cuadros políticos internacionales manejados por Moscú para desestabilizar y crear problemas en las democracias occidentales.

Pero lo increíble, sorprendente e insospechado, vino de los viejos pueblos pertenecientes al Pacto de Varsovia. Ello sucedió en 1990 con la revolución pacífica masiva contra el Estado soviético y a sus satélites. Clama justicia el sufrimiento de estos pueblos, desde 1918 en la Unión Soviética, y posteriormente, en fechas diversas, en los pueblos del Báltico, de Hungría, de Rumania, de Checoslovaquia, ya que la Yugoslavia del general Tito ofreció perspectivas particulares.

Motivo de grandes discusiones políticas entre partidos de la extrema izquierda europea desde la segunda mitad de nuestro siglo hasta 1950,

fue de si se debía colaborar o no con las fuerzas burguesas en el poder. Las secciones de la Segunda Internacional fueron colaboracionistas, por evolucionistas, al considerar que tenía gran importancia conseguir que las fuerzas patronales reconocieran leyes protectoras de los intereses de los trabajadores. Por lo contrario, y antes del Pacto Germano-Soviético las secciones de la Tercera Internacional obrera, por cierto minoritarias en todos los países, pero muy atractivas, como por ejemplo en Alemania, llegaron a acciones directas callejeras, y a sangrientos ataques contra los dirigentes no comunistas que auspiciaran la colaboración parlamentaria y gubernamental.

Según Poulantzas, la escena política ya desde la doctrina marxista, se integraba por alianzas circunstanciales de los diversos factores de producción, asociaciones empresariales y obreras, y lo que preocupó a unos y otros doctrinarios de finales del XIX y principios del XX, fue hasta qué punto las alianzas circunstanciales podrían ser consideradas en la línea de la lucha de clases. Es decir, se trataba de evitar lo que tanto preocupó a la Tercera Internacional: el desplazamiento de la clase obrera que según ellos lo realizaron las sesiones de la Segunda Internacional en los países con fuerza numérica para colaborar con los gobiernos de centro y de derecha.

¿Qué significó en aquellos tiempos la escena política? Poulantzas la define como “la organización de poder de una clase distinta de su práctica política” (p. 320). En este párrafo o definición la teoría política queda desglosada de su realización práctica, ya que “es el lugar donde pueden descubrirse una serie de desajustes entre los intereses políticos y las prácticas políticas de las clases, por una parte, y su representación en partidos, y los partidos políticos mismos por otra parte” (Max citado por Poulantzas, p. 320) ...es el terreno de los partidos políticos (Gramsci citado por Poulantzas, *idem*).

¿Cómo repercuten éstos sobre la organización del Estado? Fue un callejón sin salida de anatemas continuas entre colaboracionistas y no colaboracionistas. Quizá lo único positivo de las controversias fue la aparición de un tercer elemento extraño a tanta discusión bizantina que recuerda aquella ya mencionada de “cuantas cabezas de alfileres tienen cabida en una cabeza de alfiler”. Así la Oficina Internacional del Trabajo, y la Sociedad de Naciones originaria de la actual organización de las Naciones Unidas (ONU), fueron el gran instrumento conciliatorio, con sus consejos y buenas disposiciones obrero-patronales, y por su gran

influencia sobre los códigos laborales de los países en los que se comenzó a sustituir el tenebroso negativo y cruento término de la lucha de clases por el de la armonía entre los intereses del capital y del trabajo.

Dice Poulantzas en su cita 33 de la p. 321 que siguiendo a Marx, la escena política es el lugar de representación de los partidos y de la tipología de los regímenes políticos. Todo el siglo XX que se está acabando fue el aluvión de los partidos políticos, y sigue siéndolo. A la luz de la investigación si bien es inconcebible la vida democrática sin ellos, al menos mientras no encontremos algo más reconfortante que lo sustituya, son los llamados a defender intereses y posiciones pluralistas, sin las cuales no se concibe la libertad política económica y religiosa. Ya en la posguerra de 1945 los programas de los que fueron partidos políticos de extremo contrario, derechas e izquierdas, comenzaron a presentar en sus programas puntos coincidentes y en la actualidad se ha llegado a lo inaudito y es el tomar del partido opositor proyectos de plataforma política electoral en estudio para adelantarse haciendo su divulgación por parte del partido fiscalizador, y al servicio de éste.

Ello contribuye a hacer hoy día de los partidos políticos, partidos electorales. Si bien siguen interesando la membresía, lo que cuenta definitivamente para la toma o llegada al poder son los electores, la gente a quienes ni siquiera interesa ser considerados como simpatizantes, término éste en total desuso. Y para llegar al voto de los ciudadanos se cuida la imagen pública. Se estudia no solamente la presentación del dirigente político en su persona, sino además, en la manera de expresarse y en la de accionar. Así, hay en la actualidad la técnica al servicio de la buena imagen. Sus especialistas estudian en tono persuasivo del orador, sus ademanes, las pausas en la oración, cuando conviene el primer plano en televisión, etcétera. Nuestros padres jamás pudieron prever que interesara al dirigente político estos y otros factores de presentación.

En la Europa estudiada por Poulantzas, entre los elementos colaboracionistas se dio gran importancia al alcance de carteras ministeriales. Es decir, del ministerio del trabajo y demás ministerios de seguimientos sociales. Asimismo tuvo gran importancia elegir como jefe de las minorías parlamentarias a los mejores oradores con capacidad de persuadir. En aquellos tiempos los ámbitos parlamentarios europeos fueron

una palestra en los aconteceres políticos. Tal como hoy día sigue siendo en Inglaterra. El triunfo electoral que condiciona la composición parlamentaria por partidos requiere aún más que los integrantes del gobierno el cuidado de la imagen pública, ya que a través de los medios masivos internacionales de difusión como la televisión y la radio y puesto que el ámbito parlamentario es el más directo medio de llegar a la opinión pública, los partidos políticos del régimen parlamentario tienen en la actualidad sumo cuidado no solamente como hemos ya mencionado para elegir a sus jefes de minorías parlamentarias, sino que además se estudian las cualidades oratorias de su gente para que en determinado momento sean defensores de un asunto concreto.

También los politólogos de estas décadas recién pasadas mencionaban el término marxista de "aparato del Estado", como "la clase o fracción en que se refuta el personal político burocrático, militar, etcétera, que ocupa las alturas del Estado. Se encuentra ese análisis en forma sumaria en los textos de Marx sobre la aristocracia terrateniente en la Gran Bretaña. . . los intereses y los principios que entre tanto defienden entre acá y allá no son propiamente hablando los suyos, sino que le son impuestos por la imposición de la burguesía (Marx citado por Poulantzas, p. 324). O sea que lo que está tratando de explicar aquí Poulantzas, es si la participación obrerista en los gobiernos capitalistas implicaba además del desclasamiento que hemos analizado el realizar la entrega a la causa burguesa en dejación de la defensa de los propios intereses obreros.

Un caso actual nos puede servir de ejemplo. Mientras la social democracia española, Partido Socialista Obrero Español (PSOE) encabeza desde varios años el gobierno exclusivo primero y en las pasadas elecciones integrado por ministros pretendidamente independientes, ya que los partidos regionalistas de Cataluña y Vasconia no aceptaron colaborar con los socialistas en el poder, las fuerzas sindicales más poderosas en España, la Unión General de Trabajadores que siempre fue secuela del partido socialista español y las Comisiones Obreras sobrevivientes del desaparecido partido comunista, con cierta dependencia de la Izquierda Unida las figuras más representativas de esos dos sindicatos decidieron separarse del Congreso de los Diputados y reiterar a su gente del ámbito parlamentario.

En el final del capítulo dedicado al análisis de las relaciones políticas de partidos colocadas en posiciones económicas contrapuestas (capital y trabajo, fuerzas obreras y su contrapartida las patronales) Poulant-

zas hace la siguiente referencia que sobrevive en la actualidad. Afirma que “es preciso por lo tanto especificar siempre los conceptos aplicables para designar las relaciones de los elementos en estos dos terrenos. El concepto del bloque en el poder, que tiene por objeto —como ocurre con el concepto de hegemonía— el terreno de las prácticas políticas de las clases sirve así para dilucidar las relaciones de las clases dominantes subyacentes —límites— con las relaciones de los partidos —límites— en la escena política, relaciones de clase ocultas con frecuencia por las numerosas variables de las relaciones entre los partidos” (p. 326).

En los tiempos posteriores a Poulantzas, además de la ya mencionada despolaridad de los partidos políticos con sus programas menos exclusivos, por más coincidentes, existe el fenómeno de una mayor politización de los partidos políticos aun cuando en el fondo de sus programas se mantiene la lucha por disponer del poder, de llegar al mismo, en defensa de intereses económicos. En los parlamentos europeos a través de la palestra política se maneja la disputa de concesiones económicas, aun cuando no exista ya la referencia de antaño entre capitalistas y proletariado, entre empresarios y obreros. Así la escena política parlamentaria no presenta la virulencia que en los tiempos de Max Weber y de Poulantzas ofrecían los recintos legislativos con las pomposas declaraciones de sus miembros auspiciadas o contrarrestadas por los bloques políticos en el poder gubernamental. La experiencia ha demostrado que la referencia de Poulantzas a las alianzas para las relaciones de las clases sociales con los partidos los fines y los medios han cambiado y hasta la terminología es diferente.

La escena política de hoy ofrece uniones o alianzas políticas circunstancialmente de bloques integrados frecuentemente por partidos minoritarios asociándose para acuerdos concretos. Hoy día, las fuerzas sindicales han quedado a la zaga de las secuelas políticas, y en definitiva, a las fuerzas políticas en pugna lo que les interesa es obtener resultados mayoritarios electorales. Las uniones circunstanciales implican compromisos políticos efímeros que no obligan permanentemente pues finalizado el término del acuerdo cada fuerza aliada regresa a su independencia. Por ello, no puede exigirse secuencias continuas en una línea de acción. Lo que priva es el oportunismo, captar la oportunidad. Y así, partidos regionales o derechistas, centristas o de izquierda ante la defensa de una posición determinada pueden entablar alianza de partidos con los que estuvieron defendiendo posiciones contrarias. Si esto se une a la despolaridad de los partidos que en tiempo de Poulantzas

estuvieron marcados con el membrete de izquierdas o derechas, puede deducirse lo efímero de las alianzas políticas.

Llamamos “orden social” a la formación de reparto del honor social, dentro de una comunidad entre sectores característicos que participan en ese reparto. No siempre ese orden legal abarca toda la problemática, ya que el orden económico es el reparto y utilización de los bienes y servicios económicos. Por supuesto que el orden social y el económico están ambos relacionados con el “orden legal”. Pero orden social y orden económico no se identifican. Por orden económico nosotros entendemos, simplemente, la forma en que se reparten y utilizan los bienes y servicios económicos. Ciertamente existe un mutuo condicionamiento entre orden social y orden económico (p. 46).

En la coordinación legal de los órdenes sociales y económicos, juegan papel predominante las clases sociales y su poder. El acicate por elevar el nivel de vida de las clases menesterosas y ampliar las riquezas de las gentes de los altos estamentos, está más allá de la obtención de los simples satisfactores económicos. Sin duda alguna, la obtención de prestigio implica la fuerza de mando, que es correlativa del acatamiento y obediencia. Así, es bien cierta la afirmación de Max Weber de que “las clases sociales, los grupos de *status* y los partidos son manifestaciones del reparto de poder dentro de una comunidad” (p. 46). A lo que podemos añadir que hay que incluir algunos elementos que aparecieron con posterioridad a las obras de Max Weber, y que comenzaron a perfilarse en la segunda mitad de nuestro siglo, a saber los denominados grupos de presión, las élites económicas nacionales o internacionales, los nuevos grupos de presión de raíces económicas, los prestanombres y el desconcertante dinamismo de manifestaciones movedizas de los grupos financieros nacionales e internacionales. Es decir, aparecieron y siguen en el espacio internacional, las asociaciones terroristas nacionales y externas con sus peculiares y especiales tácticas financieras, como el denominado “lavado de dinero” que involucra a numerosos intermediarios de la banca internacional. Regresamos al texto de Max Weber.

En la posguerra de 1945, comenzaron a aparecer los tristes personajes de hoy, en su actuar clandestino los que alcanzaron inusitado poder mediante la corrupción que trataron de infiltrar en los medios oficiales, diplomáticos, políticos y eclesiásticos, pues llegaron hasta el Vaticano: los terroristas, narcotraficantes, y los denominados camellos. Es difícil establecer la delimitación de estas gentes mantenidas por los con-

sumidores de droga. Posiblemente fue en Latinoamérica donde por primera vez se manifestó la mancuerna entre el terrorismo y el narcotráfico. Sus integrantes no luchan, precisamente, por el poder para que les sea reconocido el honor social y familiar. El narcotraficante y sus denominados “camellos” requieren de infiltraciones en los altos poderes oficiales, en las instituciones policiacas, en los grupos de presión de las altas élites políticas nacionales e internacionales. Constituyen una forma de empresas transnacionales aun cuando destaca en ellas la actuación personal de un jefe y llegan a dominar bancos ayer prestigiados en los que realizan “el lavado de dinero”. La infiltración en la banca internacional ha afectado a instituciones que tuvieron una trayectoria recta y honorable. Han llegado hasta el Vaticano.

Así, desde la década de los sesenta, comenzaron a proliferar en Latinoamérica, en Oriente, y en la misma rancia Europa, peligrosos conubios de proceder ilícito en la asociación de terroristas y narcotraficantes. Pero aún hay más, la mancuerna llegó no solamente a pequeñas dictaduras de Oriente y Latinoamérica, sino a las redes diplomáticas de Estados altamente industrializados que disponía de cuerpos diplomáticos con títulos universitarios, cuando no, titulares de la vieja nobleza europea.

A todos estos elementos patológicos que han ensombrecido tanto a los cimientos democráticos de sociedades políticas libres, como a dictaduras muy especiales de pretendidas raíces marxistas, la invasión mundial de estos elementos no ha podido ser detenida ni su cáncer extirpado. Por supuesto, que este nuevo “orden social” el reparto del honor y del peligro no es acicate para el manejo de situaciones privilegiadas que supone el poder político de los Estados y su medio oficial, pero a estos elementos les interesa detener el orden legal. Sin embargo, en el sustrato tradicional clásico sigue siendo válido el siguiente concepto de Max Weber: “clases”, “grupos de *status*”, “partidos” son manifestaciones del reparto de poder dentro de una comunidad (p. 46). Lo que ha cambiado en estos casi ochenta años transcurridos desde la muerte de Weber (1920), es la aparición de nuevas fuerzas sociales (narcotráfico, terrorismo) materialismo económico y ultranza, jóvenes generaciones políticas desenfadadas con el cumplimiento de las obligaciones personales, familiares y sociales. Se trata de verdaderas contrafuerzas sociales cuyo peso muerto repercute sobre la estructura social actual.

Asimismo, sigue siendo válido el siguiente concepto de las clases sociales que nos da Max Weber: “cuando un grupo de personas posee

un elemento causal específico de sus oportunidades de vida en común, en la medida en que este elemento esté representado exclusivamente por intereses económicos, en la posesión y bienes y oportunidades de ingreso y esté representado en las condiciones de intercambios de productos de trabajo”.

Las agrupaciones estamentales, como por ejemplo, los sindicatos, los colegios profesionales, las cofradías, etcétera, posibilitan el acceso al reparto de poder económico, político, etcétera, al dar la oportunidad a sus agremiados para alcanzar estratos más elevados.

Algo desconcertante es la siguiente afirmación de Weber: “la propiedad y la carencia de propiedades, son pues, categorías elementales de toda situación de clase. No tiene importancia el hecho de que entre ambas categorías se dé realmente una guerra de precios o una lucha competitiva” (p. 48).

Conviene hacer la salvedad que si bien el término carencia de propiedades es muy elástico, sin embargo, los miembros de las sociedades estamentales son propietarios ya que la fuerza intelectual o física (mano de obra) no es sino una mercancía con dueño.

Lo que importa es la rentabilidad de la propiedad o propiedades, créditos y capitales “el concepto de clase siempre contiene la siguiente característica general: el tipo de oportunidad en el mercado, es el momento decisivo que condiciona el destino del individuo. La situación de clase es, en última instancia, situación de mercado... pues la oportunidad de utilizar bienes o servicios en su propio beneficio en el mercado... es lo que constituye el concepto clase... la acción clasista deberá derivarse del interés de clase... la clase social tiene una connotación económica, la defensa de intereses económicos mercantilizados, pertenecientes al mercado” (p. 50).

En su consecuencia, podemos decir que el trabajador, ya sea el obrero, el patrón o la empresa, ofrecen una mercancía. Antes lo era tan sólo el trabajador obrero, pero hoy este concepto tradicional del obrero como mano de obra que realiza funciones secundarias ha quedado rebasado por el tecnicismo asfixiante de nuestros días, lo que ha obligado a partidos políticos anteriores ya a 1990 en las décadas correspondientes a 1950-1980 inclusive, al cambio de terminología y de línea política de los antes denominados partidos obreros. Fue a partir de la posguerra de 1945, al entrar en la década de los cincuenta, cuando comenzó a cambiar la imagen tradicional de los obreros, en lo individual, y como clase social.

Y así, estas décadas prepararon el camino para la sorprendente acción pacífica revolucionaria de los pueblos de la Europa del Este, que acabaron con la existencia de la Unión Soviética y de sus satélites integrantes del Pacto de Varsovia.

En aquellas décadas los sindicatos europeos, comenzaron a añadir al vocablo obreros el adjetivo de tecnificados y fueron estos obreros mejor preparados los que en definitiva a su vez comenzaron a manejar otros términos más especiales, más especificados, menos generales y acabaron por no mencionar un término que desde la segunda mitad del siglo XIX (Manifiesto Comunista de 1848) se hizo muy querido en los eslogans, intervenciones, Congresos, proclamas y manifiestos de los partidos obreros que integraron la Segunda y Tercera Internacional: el término proletario. Hoy día nadie se acuerda ya de aquel eslogan repetido durante un siglo, millones y millones de veces: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”

Tampoco nadie menciona aquél otro eslogan célebre, que la vieja guardia de estos partidos gustaba manejar: el de la conciencia de clase. Weber lo refiere de pasada, pero en las luchas callejeras de los treinta, en periodos cercanos a los triunfos del fascismo italiano y del nazismo de Hitler, los jóvenes de entonces denominados izquierdistas, socialdemócratas y comunistas se enfrentaron en sangrantes contiendas callejeras con numerosas víctimas.

Max Weber afirma que “la acción en común de la clase social estaba dirigida hacia el sentimiento de solidaridad actuante”. Hoy también este concepto está sobrepasado: las acciones sindicales obrero-patronales, están dirigidas proyectadas y contrarrestadas por un interés político-nacional, muy especialmente cuando los sindicatos pertenecen a partidos políticos en el poder. En este caso la “despolitización actual de la masa” se contrarresta por la vigilancia política de estos sindicatos. Por su participación política mientras los partidos políticos se han transformado en agrupaciones con escasos miembros, pues son partidos electoreros cuya meta es obtener los votos que los lleve mayoritariamente al poder gubernamental y legislativo.

Así, es muy difícil movilizar a agrupaciones obreras e inclusive patronales por intereses de los miembros o colegas del exterior, modalidad ésta que comenzó a ser realidad a partir de 1945. Precisamente, la excisión de la Segunda Internacional obrera que dio origen a la Tercera Internacional se debió a la pretensión de los dirigentes soviéticos de que los obreros comunistas de los otros países tuvieran como interés

prioritario, por encima de los nacionales, la defensa solidaria de la causa de la Unión Soviética, lo que como elemento exterior vino a aumentar los fracasos propios del sistema soviético que lo condujo a la desaparición de la Unión Soviética.

En las décadas que van desde la segunda mitad de nuestro siglo, hasta la de noventa, los partidos obreros, ya fueran políticos o de sindicatos rechazaron, durante tan largo periodo, las denominadas veintiún condiciones de Moscú que obligaba a los obreros de los países a defender al Estado soviético, lo que pretextó o motivó enfrentamientos continuos contra los socialdemócratas y sus sindicatos. Así, los cuadros internacionales de la Tercera Internacional manejados desde Moscú, se mantuvieron en la consigna de desestabilizar a las democracias capitalistas y atemorizar con la acción directa a los jóvenes de izquierda no partidarios de los soviéticos. Fue una dura lección de enfrentamientos estériles, y de numerosas vidas segadas por el odio, la intransigencia y el repudio de los actores de las acciones violentas, directas contra jóvenes universitarios, proveniente de la clase media o de la propia clase obrera no partidaria del comunismo.

Eso fue Europa en los albores de la aparición de una de las patologías institucionales más trágicas de todos los tiempos, surgidas en la primera mitad de nuestro siglo: el fascismo de Mussolini y el nacional-socialismo o nazismo de Hitler, patologías que contribuyeron, en mucho, a la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945.

Las generaciones de aquel entonces y nosotros mismos en este estudio empleamos el vocablo marginal habiendo roto la imagen marxista ortodoxa y clásica de la internacionalización de las acciones obreras del pasado, de lo que la Tercera Internacional denominaba su línea política. Weber, en cierto modo lo previó al mencionar en el inciso que transcribimos seguidamente que "de ninguna manera es un fenómeno universal el surgimiento de una acción societaria o inclusive de una acción en común derivada de una común situación de clase" (p. 51). El fenómeno fue de toda Europa, limitado por parte de las socialdemocracias a los ámbitos nacionales mientras en las secciones de la Tercera Internacional actuaban con obligada solidaridad continental impuesta por los cuadros políticos que Moscú enviaba a sus secciones. Así durante la denominada guerra civil española (1936-1939) entre otros muchos casos.

La experiencia de las fatídicas luchas obreras desde 1930 a 1990, muestran precisamente que los problemas políticos y sindicales de

Europa surgieron, y se solucionaron, en el ámbito interno de los Estados, con una sociedad política que si bien en teoría propiciaba la internacionalización de las causas nacionales obreras en la realidad tal pretensión no pasó de aburridos eslogans y de eternos manifiestos y movilizaciones de lo que en aquéllos tiempos se denominaba “masas obreras”. Precisamente, la carencia de la solidaridad internacional contribuyó a aislar a la ya de por sí aislada Unión Soviética.

Dice Weber, que en ocasiones puede la acción de clase derivarse en “accoines de masa”.⁹ Hoy ya nadie recuerda estos términos pues cayeron en el mayor de los descréditos. Aquellas acciones, en definitiva su problemática y planteamiento, jamás fueron aceptados por una opinión pública mayoritaria.

Afirma Weber categóricamente que de ninguna manera la diferencia de oportunidades en los miembros de una clase social genera “acción clasista”. Precisamente, lo que generó este tipo de acciones hoy ya, en mucho, históricas, procedió de las acciones de agremiados iguales a los que defendieron la obtención de logros precisamente comunes. Así, el desigual reparto de la propiedad, del nivel de vida también diferente, ocasiona estructuras distintas originadas por lo económico. Si no hay problemas ni intereses comunes entre iguales, no es posible su defensa ya que por ser diferentes requieren movilizaciones, y tácticas, también distintas.

Precisamente, las diferencias sociales dentro de la desigualdad social capitalista basada en estamentos y estructuras con diferente poder adquisitivo de sus gentes, engendra descontentos que, no apaciguados por la vía conducente, o no solucionados, han sido continua fuente de reclamaciones en el siglo que acaba y puede estar generando, soterradamente, descontentos en el presente, con el riesgo de un estallido en el futuro inmediato.

⁹ Pero ¿qué es la acción, digamos política, jurídica, religiosa? Max Weber nos da la siguiente definición de acción social: “Acción donde el sentido captado por el sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros orientándose por ésta en su desarrollo”.

Entiende por acción “la conducta humana que, o bien consiste en un externo o interno ya en un omitir o permitir siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo”.

Entiende por sentido “el móvil de los sujetos de la acción: a) existente de hecho; b) en un caso históricamente dado; c) como promedio y de un modo aproximado, en una determinada masa de casos; d) como construido en un tipo ideal”.

Entiende por sociología: “la ciencia que pretende entender, interpretando la acción social, para de esa manera explicarla casualmente en su desarrollo y efectos”.

Dice Weber, que en la Edad Media cuando “la monopolización de los productos industriales de los centros urbanos, o de productos alimenticios, hizo posible la acumulación de grandes fortunas”, entonces, el contraste entre los nuevos ricos que acumularon grandes fortunas propició el camino para la formación de la burguesía y de su extremo contrario el proletariado. Distinguir los términos de la clase y comunidad por la diferencia entre la acción solidaria proviene del reconocimiento de la problemática distinta de los estamentos y gremios. Las clases sociales, sigue diciendo Max Weber, no constituyen de por sí comunidades, aun cuando “la situación de las clases, sólo se desarrolla a partir de una situación común” (p. 53), así el obrero y el empresario tienen acciones en común, pero sus intereses son diferentes. A lo que podemos añadir que el interés de la comunidad política es uno, decimos y general (nacional). Mientras que el de las clases sociales es particular de cada una de las clases o estamentos económicos.

En los años transcurridos desde que Weber escribiera sus estructuras de poder, hasta la década de los noventa que estamos viviendo, se derrumbó como castillo de arena el intervencionismo político de regímenes poseedores de sistemas especiales. Por ello, los argumentos de Max Weber y la propia terminología que emplea y que corresponde a situaciones nacionales e internacionales de la época que vivió, hoy nos resultan anacrónicas. Es decir, fuera de tiempo.

Sin embargo, aun cuando los términos, vocablos y palabras, las situaciones y los nuevos objetivos sean distintos a los de la época de Weber, muerto en 1920, sin embargo, las diferencias sociales llevadas a extremos insostenibles, originan una nueva problemática de intereses clasistas. Weber lo previó al afirmar que “al desplazarse el ámbito de crédito de consumo a la competición en el mercado de productos primero, y a la guerra de precios en el mercado de trabajo después...” (p. 54). Palabras proféticas.

En la Edad Media la lucha de clases tuvo un denominador común: el combate contra la esclavitud, el abastecimiento de pan y su precio, la carestía de los productos básicos de la alimentación y después todas las materias primas de la industria artesanal “durante la Antigüedad y la Edad Media no se registran más que algunos atisbos de luchas salariales. Poco a poco, sin embargo, éstas se han incrementado hasta llegar a la época moderna. En épocas anteriores fueron las sublevaciones de esclavos y las luchas en el mercado de productos las que privaron por sobre las luchas salariales” (p. 55) ...“en la Antigüedad y en

la Edad Media, los desposeídos luchaban contra los monopolios, la prioridad en la adquisición de tierras, los acaparamientos, y la reserva de productos no lanzados al mercado con el fin de aumentar sus precios. En la actualidad los obreros luchaban por la determinación del precio del trabajo (p. 55).

Sucede que el empresario carga en sus cuentas el salario como si se tratara de una primera instancia periférica. Como algo forzado que está más allá de que le es suyo. De lo que le pertenece. No es de su patrimonio, sino que lo merma.

Distingue Weber entre los conceptos clase social y *status* social. Aquél se integra por los dos elementos antagónicos de la producción: el capitalista y el obrero. El *status* equivale a una situación social, es el nivel en que se encuentra incurso un sujeto y su familia en relación con su poder adquisitivo y disposición de bienes. El *status* social ocasiona una determinada fisonomía personal tanto en la educación, cultura, refinamiento y posibilidad de obtención de satisfactores económicos. No siempre estas características coinciden con la clase social, aun cuando están relacionadas. En los altos *status* sociales los individuos aparecen preparados para escalar puestos y posiciones. Para disponer de la facultad de decisión frente a los subordinados. Mientras en cada una de las dos clases sociales existe una identificación de intereses, en el obrero reivindicativos y en el empresario de no concesión, los integrantes de los diversos estamentos de los *status* sociales son de desenvolvimiento más individual. No hay agremiados, ya que el gremio implica acción en común, las gentes de los *status* no ocasionan directamente asociaciones de defensa, ya que su nivel es individual, mientras que los sujetos que integran el capital o trabajo luchan por obtener ventajas abstractas o masivas. Esta características que Max Weber menciona, es válida en los tiempos actuales. Si en la sociedad actual existe el desclasamiento o desdibujamiento antagónico de los dos grandes factores de la producción el capital y el trabajo, necesariamente nuestra sociedad contemporánea presenta modalidades que no pudieron ser previstas ni en la época de Marx ni en la de Max Weber.